SUMARIO

ESTUDIOS

- **Reflexiones acerca de los mayores. Sombras y luces de una realidad.**
  Rosario PANIAGUA FERNÁNDEZ 175
- **Dos ancianos, una revelación. Moisés y Job, centenarios repletos de bendición.**
  Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO 189
- **Hacia una nueva diaconía.**
  Mari Patxi AYERRA 199
- **Ancianidad y vida religiosa.**
  Urbano VALERO, SJ 211

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Una lectura comprometida de la encíclica «Deus caritas est».**
  Delegación de Acción Social. Provincia de Castilla SJ 223

DIÁLOGOS URGENTES

- **3. La educación y sus diálogos.**
  Antonio ALLENDE FELGUEROSO, SJ / Sergio GÓMEZ PARRA 229

LOS LIBROS

- **Iglesia y medios de comunicación.**
  Francesco OCCHETTA, SJ 245

PRESENTACIÓN

NUESTROS MAYORES

El imparable envejecimiento de nuestra sociedad está despertando inquietud, y las repercusiones sociales se están empezando a notar en muchos sectores y ambientes: en las familias, en el mundo laboral, en la sanidad... La Iglesia es una de las instituciones en las que esta nueva situación se está haciendo más visible. Los templos se vacían de jóvenes, pero se sostienen por las personas mayores; los religiosos se plantean alternativas ante la escasez de vocaciones y el considerable aumento de la media de edad de sus miembros; los catequistas se desesperan ante la falta de «enganche» del mensaje cristiano en las nuevas generaciones (esto de creer parece condenado a ser un asunto de «carcas»); etc. Es una problemática que necesita ser afrontada con realismo, coraje y esperanza. Lejos queda la alta estima y respeto de que gozaban antaño los ancianos, a quienes se consideraba depositarios de las tradiciones y de la historia y en los que reposaba la sabiduría. Incluso para acceder a puestos de gobierno, uno de los requisitos imprescindibles era la edad madura. Hoy sucede lo contrario: jubilaciones anticipadas para dejar paso a los *JASP* (jóvenes, aunque sobradamente preparados). Las arrugas ya no existen para ser contempladas, y hasta admiradas y veneradas, sino para ser disimuladas.

Sin caer en nostalgias paralizantes o en idealizaciones poco provechosas, es necesario volver la vista a una realidad que acompaña a la humanidad en su existir. Siendo «condición natural» y diseño genuino

del Creador, es posible que encontremos claves «vitales» que nos sorprendan. Quizá la experiencia de la incapacidad y la debilidad que acompaña a la «edad tardía» sea el *humus* adecuado para que Dios actúe con libertad, y su presencia resulte más transparente de lo que el ser humano imagina.

Uno de los puntos fuertes del discernimiento es el estar atento a los signos de los tiempos. San Ignacio de Loyola decía que había que ser especialmente sensibles a los problemas más urgentes, más universales y más fronterizos. Parece innegable que el lugar de los ancianos en nuestra sociedad y en nuestras comunidades cristianas es uno de ellos, pues, como señala *Rosario Paniagua* en el primer artículo de este monográfico, estamos asistiendo a «la democratización de la vejez, es decir, a la vejez al alcance de la mayoría de los ciudadanos»; con la novedad añadida de que «este envejecimiento está teniendo lugar a lo largo y ancho del mundo, lo que sin duda constituye una novedad, pues hace unas décadas sólo envejecían los países desarrollados». Analizar desde un punto de vista sociológico los retos que plantea esta situación en la cultura actual, con sus logros, sus retos y sus contradicciones, es el objetivo de la autora de esta colaboración.

Dos personajes bíblicos, Moisés y Job, «centenarios y repletos de bendición», son los escogidos por *Enrique Sanz Giménez-Rico* para transmitir la incesante comunicación de Dios al hombre a lo largo de toda la vida. En este segundo artículo se pone en evidencia que la contemplación de la historia de estos dos grandes creyentes aparece como una invitación a estar atentos y «esperantes» a la irrupción de ese Dios sorprendente que siempre está dispuesto a hacer acto de presencia en nuestra vida y en nuestras muertes.

La realidad social y la propuesta bíblica abren el camino a la pregunta por el papel concreto de la Iglesia ante el hecho de la ancianidad. No se puede obviar que las parroquias tienen sus bancos llenos de personas mayores que, como afirma *Mari Patxi Ayerra* en su colaboración, pueden seguir sirviendo (no en sentido utilitarista, sino evangélico) y convirtiéndose así en auténticos diáconos de la comunidad. Y sería deseable que ésta, a su vez, les facilitara el «aprender a envejecer, para que las personas vivieran su etapa vital con amor y con humor, disfrutando en vez de “nostalgeando”, y amando con toda su pasión y ternura».

Por último, hemos querido dedicar una atención especial al envejecimiento progresivo que se está produciendo en la Vida Religiosa y que afecta no sólo a personas concretas, sino a todas y cada una de las congregaciones como cuerpo. *Urbano Valero* trata de responder en su artículo tanto al cómo vivir lo propio de la Vida Religiosa en la ancianidad como al reto de la experiencia de la ancianidad en la Vida Religiosa. Impulsar el intercambio generacional, superar los encasillamientos previos y fomentar la creación de una casa común «que es de todos», aparece como labor esencial, junto al redescubrimiento de que la mejor forma de valorar a alguien no es a través de lo que puede hacer o no, sino por lo que es capaz de vivir y por el modo de hacerlo.

ST 94 (2006) 175-187

ESTUDIOS

Reflexiones acerca de los mayores. Sombras y luces de una realidad

Rosario PANIAGUA FERNÁNDEZ*

«La vejez no es ni un periodo detestable ni tampoco sublime; como todas las etapas de la vida, tiene sus problemas y tristezas, pero también sus posibilidades de alegría y realización»

(CARO, J.S. – RAMOS, F., *La vejez y sus mitos*)

1. El envejecimiento hoy

Queremos comenzar poniendo de relieve algunos aspectos cuantitativos que nos ayudarán a centrar la reflexión. En nuestro país, la población de personas de 65 y más años es de 7.276.629, lo que supone un 17% de la población. España ocupa el sexto lugar en el mundo en términos de esperanza de vida para los hombres, precedido de Japón, Canadá, Australia, Noruega e Italia. Pero en el caso de las mujeres es el segundo, precedido tan sólo de Japón y seguido de Francia e Italia[1].

La esperanza de vida al nacer es de 76,6 años para los varones, y de 83,4 años para las mujeres. Está envejeciendo una población ya envejecida, y el número de octogenarios es el que más ha crecido: en nuestro país, la cifra actual es de 1.756,844; y la de centenarios, de

* Profesora del Departamento de Sociología y Trabajo Social de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). <rpaniagua@chs.upcomillas.es>.

1. DE MIGUEL, A., *El arte de envejecer,* Biblioteca Nueva, Madrid 2005, p. 75.

4.218. El envejecimiento hoy está teniendo lugar a lo largo y ancho del mundo, lo que sin duda constituye una novedad, pues hace unas décadas sólo envejecían los países desarrollados. En la actualidad, los países en desarrollo están envejeciendo progresivamente; y carecen, además, de los mínimos recursos de subsistencia para afrontar una situación que empieza a desbordar. En el conjunto de la geografía mundial hay 419 millones de personas mayores[2].

El actual envejecimiento y «sobreenvejecimiento» de la población ha llevado a las sociedades occidentales a plantearse nuevas estrategias, con el propósito de mejorar la calidad de vida de este grupo de edad. A modo de apunte, recordamos que el *Plan de Acción Internacional sobre Envejecimiento* de Naciones Unidas, de 1982, definía los derechos de las personas mayores y formulaba los Principios sobre dignidad, cuidados, autorrealización, independencia y participación. La «Cumbre de Desarrollo Social de Naciones Unidas» de 1995 proponía como objetivo prioritario de las políticas públicas nacionales e internacionales mejorar las posibilidades de los mayores para lograr una vida mejor. Ello supuso un gran avance, pues se trató el tema de las personas mayores, no como un asunto de «compasión particular», sino como un objetivo de interés público. En su artículo 50, nuestra Constitución exhorta a los poderes públicos a que protejan a la población de mayor edad, estableciendo la garantía de una suficiencia económica para los ciudadanos mayores y su bienestar social a través de unos servicios públicos específicos. Desde idéntica filosofía se elaboran los Planes Gerontológicos Nacional y Regionales, y se promueven desde los Municipios los Planes de Mayores. Recientemente, el Tratado por el que se aprueba una Constitución para Europa establece en sus artículos 1-3, como uno de los objetivos de la Unión la solidaridad entre las generaciones, que se plasma en el reconocimiento del derecho de las personas mayores a llevar una vida digna e independiente y a participar en la vida social y cultural (art. II. 8-5).

Estas líneas programáticas han de consolidarse en políticas sectoriales que garanticen la calidad integral de vida para el grupo social que nos ocupa. Este aumento de personas mayores pone también de

2. *Informe 2004. Las Personas Mayores en España. Datos Estadísticos Estatales y por Comunidades Autónomas,* Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, IMSERSO, Madrid 2005, p. 40.

manifiesto la *democratización de la vejez,* es decir, la vejez al alcance de la mayoría de los ciudadanos; lo cual evidencia los avances de la sociedad y plantea nuevos retos. De la capacidad individual y colectiva para afrontar la vejez dependerá que la prolongación de los años de vida resulte auténticamente *deseable* y sea, por tanto, valorada como un logro y *una etapa de la vida llena de sentido.* Ante esta nueva realidad, *se necesitan enfoques nuevos que permitan comprender el envejecimiento como el resultado de cambios inscritos en contextos cambiantes y, a la vez, generador de dichos cambios.* El envejecimiento de la población es perceptible, y al respecto no cabe duda racional alguna; pero los cambios que está comportando no han sido aún incorporados colectivamente a nuestro modo de comprender el funcionamiento de la vida cotidiana[3].

2. La edad y los mitos

Al hablar de edad, nos referimos a la cronológica, la social y la fisiológica; esta aproximación conceptual y terminológica nos ayudará a centrar el tema.

La edad *cronológica* se refiere al número de años. En este sentido, el envejecimiento conlleva cambios en la posición del sujeto en la sociedad, dado que ciertas responsabilidades y privilegios dependen de dicha edad cronológica. Algunas de esas circunstancias de edad están plasmadas en la legislación (servicio militar, derecho al voto, jubilación, pensión pública, etc.).

La demografía apocalíptica ha suscitado el temor a la subida de los costes de pensiones, lo que ha fomentado la consideración de las personas mayores como una carga impuesta al contribuyente. Tampoco es sostenible la identificación de «persona mayor» con «incapacidad», ya que supone ignorar la diversidad que existe en este grupo social. No se puede obviar la contribución de los mayores a la sociedad durante su vida profesional; ni tampoco después, al ejercer como abuelos, al desempeñar trabajos voluntarios y al prestar un tipo de atención informal que brindan a sus cónyuges, familia extensa, amigos y vecinos.

3. PÉREZ SALANOVA, M., «Envejecimiento y participación. ¿Necesitamos nuevos enfoques?» *Intervención Psicosocial* 10/3 (2001), p. 285.

La edad *social* se construye socialmente y se refiere a las actitudes y conductas adecuadas a las percepciones subjetivas (lo «mayor» que el sujeto se siente) y a la edad atribuida (la edad que los demás atribuyen al sujeto). Las normas basadas en la edad se sustentan gracias a ideologías resistentes al cambio. Por ejemplo, la idea de que las capacidades de aprendizaje disminuyen con la edad está profundamente asentada, a pesar de la falta de pruebas empíricas que respalden tal creencia. Este prejuicio sirve para justificar la institución social de la jubilación, fundada únicamente en la edad cronológica y sin tener en cuenta las capacidades reales del sujeto. En el mundo laboral, la edad se establece como un «techo de cristal» que limita el desarrollo de la carrera profesional, por las actitudes negativas de los directivos ante el envejecimiento. De este modo, desde mediana edad, las personas interiorizan escasas expectativas respecto de sus capacidades. Está demostrado que las normas sobre estilos de vida adecuados para personas mayores se están debilitando, a medida que una mejor salud permite a un mayor número de personas participar en actividades de ocio. Pero sabemos también que este escenario color de rosa de una vejez dedicada al desarrollo personal, autonomía y estilo de vida activo, constituye en esencia una opción burguesa, fuera del alcance de aquellos que disponen de rentas bajas y padecen unas condiciones precarias de vida.

La edad *fisiológica,* referida al proceso de envejecimiento físico, se relaciona con las capacidades funcionales y con la gradual reducción de las fuerzas que produce el paso de los años. La discapacidad está relacionada con el envejecimiento fisiológico y da lugar a significativos desequilibrios en la última etapa de la vida, lo cual conduce a la progresiva pérdida de independencia. Hay diferentes grados de respuesta de los próximos ante la aparición de la dependencia, en la que entran en juego, entre otros, el factor-empleo y el tiempo de que se dispone para cuidar. Son las mujeres las que mayoritariamente se encargan de proporcionar cuidados informales y confiar los cuidados a otros cuando la situación de dependencia impone el ingreso en una institución geriátrica[4].

4. ARBER, S. – GINN, J., *Relación entre género y envejecimiento,* Narcea, Madrid 1996, p. 22.

En torno a la edad ha surgido también una serie de *mitos,* por medio de los cuales se ha construido una imagen social distorsionada de las personas mayores. Señalamos algunos de ellos.

– El mito del *envejecimiento cronológico,* que olvida la juventud espléndida de muchos ancianos, a pesar de los años.

– El mito de la *improductividad,* en abierta contradicción con ejemplos de múltiples mayores que han influido en la marcha de la historia incomparablemente más y mejor que oleadas ingentes de jóvenes.

– El mito de la *desvinculación* y falta de compromiso, cuando no es difícil demostrar el ansia de vivir de la inmensa mayoría de la gente mayor.

– El mito de la *senilidad,* unido al «somos demasiado viejos para aprender», en unos momentos en los que es un hecho la educación permanente, que abarca desde el nacimiento hasta el final de la vida.

– El mito de la *serenidad,* que sitúa al anciano en una edad dorada, en contra de una realidad no tan optimista, en cuanto que la persona mayor está sometida a dificultades a causa de la enfermedad, la jubilación, la pérdida de seres queridos...

– El mito del *deterioro* de la inteligencia, uno de los tópicos más difundidos, debido en gran medida a los pésimos tests de inteligencia, que han hecho que algunos autores hayan creído oportuno definir la inteligencia de forma distinta según las edades.

Son mitos, todos ellos, contra los que hay que luchar para adoptar posturas de acuerdo con la verdad, erradicando tópicos que se han vertido sobre los mayores, para que éstos sean, de una vez por todas, protagonistas de un quehacer cultural, social y cotidiano en el momento que les ha tocado vivir y de acuerdo con las posibilidades reales de cada uno[5].

5. CASTRO, A. de, *La Tercera Edad, tiempo de ocio y cultura,* Narcea, Madrid 1990, p. 13.

3. Sombras de una realidad

Las líneas maestras de los «Planes Gerontológicos Regionales» vienen a definir los principios inspiradores de las políticas sociales para los mayores en función de las necesidades específicas que presentan. Recogemos los principios más significativos y hacemos algunas reflexiones en torno a los mismos desde una perspectiva realista:

– *Principio de Dignidad,* como derecho fundamental que implica tener cubiertas las necesidades básicas y todas aquellas dimensiones que contribuyen a mejorar la calidad de vida y fomento de la vida social, ser tratados con el máximo respeto y verse libres de todo tipo de trato vejatorio y actos de violencia. ¿Qué decir del *Principio de Dignidad* ante la precariedad de las condiciones generales de vida en que tienen que desenvolverse los mayores tras una larga etapa laboral? ¿Qué decir de la discriminación exclusivamente por razones de edad en los ámbitos social, sanitario, político, cultural..., lo que dificulta el desarrollo de una vida plena? ¿Y del trato vejatorio e irrespetuoso de que son objeto en los medios de comunicación y en la sociedad en general, por no hablar de aquellos casos en que son víctimas de violencia doméstica e institucional, problema que padece un 5% de los mayores en nuestro país?

– *Principio de Independencia,* referente a una disponibilidad de ingresos que les permita emanciparse de sus familiares, tomar sus propias decisiones, disponer de una vivienda adecuada y disfrutar de servicios sociales, sanitarios y redes de apoyo como ayuda complementaria. ¿Qué decir del *Principio de Independencia* ante la política de pensiones, sobre todo para aquellos que han desempañado trabajos «menos cualificados», lo que hace imposible la independencia de la familia en el caso de que lo deseen, viéndose en muchos casos condenados a la inmovilidad en su domicilio, a causa de las barreras arquitectónicas no resueltas por falta de ayudas sociales? ¿Y de la insuficiencia de servicios sociales y sanitarios, o no adaptados a las necesidades reales de los mayores, y la escasez o carencia total de redes de apoyo familiar y vecinal, sobre todo en las grandes ciudades?

– *Principio de Integración Social,* por el que el mayor pueda formar parte de la familia como ser activo y tenido en consideración, integrado en su comunidad vecinal de referencia y objeto de solicitud

por parte de los más próximos, sobre todo cuando aumenta su vulnerabilidad. ¿Qué decir del *Principio de Integración Social* cuando el mayor no es estimado ni tenido en consideración por parte de la familia y vive aislado de los vecinos, en la más absoluta indigencia afectiva y olvidado de todos, sin ser objeto de atención y cercanía por parte de los próximos, pese a las dificultades derivadas de una progresiva vulnerabilidad?

– *Principio de Participación,* que garantice el derecho a la participación en la vida política, social y cultural, promoviendo programas de voluntariado de mayores, asociacionismo e intercambio generacional. ¿Qué decir del *Principio de Participación* cuando los mayores se ven discriminados de la vida política, social y cultural por razones exclusivamente de edad y sin posibilidad de enseñar, desde su experiencia, a los más jóvenes, dada la desestima y falta de valoración de que son víctimas en muchos casos?

– *Principio de Subsidiariedad,* en virtud del cual la ayuda que normalmente ha de ser prestada por la familia y las redes de apoyo la garantice el Estado, a través de las administraciones locales y regionales, cuando las mencionadas instancias «naturales» no pueden satisfacer dichas necesidades. Para ellos ha de dotarse a la familia de los recursos necesarios para afrontar el cuidado, retrasando así el ingreso del mayor en residencias. ¿Qué decir del *Principio de Subsidiariedad* cuando no se está dotando a las familias de los mínimos recursos de apoyo para que puedan cuidar a sus mayores en su propio domicilio, con lo que supone de sobrecarga sin las ayudas públicas necesarias, y que lleva a ingresos apresurados en residencias?

– *Principio de Normalización,* por el que se trata de mantener al mayor en su entorno de forma normalizada, tratando de retrasar la institucionalización, mediante la dotación de recursos a las familias para hacer posible la permanencia del mayor en el medio habitual. Hay que considerar las situaciones de soledad y aislamiento de que es víctima una gran cantidad de mayores, sobre todo mujeres, dada su mayor longevidad[6]. ¿Qué decir del llamado *Principio de*

6. Cf. Planes Gerontológicos de Euskadi, Madrid, Navarra, Galicia y Cataluña.

Normalización cuando no se crean las condiciones mínimas de habitabilidad y de compañía familiar, por falta de apoyos institucionales? El número de casos de ancianos que viven solos aumenta en las grandes ciudades, debido a las nuevas condiciones de vida familiar derivadas del trabajo de la mujer fuera de casa, la reducción de los miembros de la familia y las malas condiciones de las viviendas entre las clases más desfavorecidas.

Sobre los mayores pesan imágenes negativas, que están muy arraigadas en el imaginario colectivo. En un corto espacio de tiempo se ha pasado de la «gerontocracia» (gobierno de los ancianos, a quienes se valoraba y estimaba) a la «gerontofobia» (desprecio y repulsa hacia el mayor), pasando por el «edadismo» (minusvaloración de la persona en función exclusivamente de la edad). La imagen que se tenga de los mayores tiene que ver con la historia personal: recuerdos, afectos, elementos culturales y axiológicos. Ante los mayores, caben posturas que van desde la ignorancia hasta el desconocimiento, la indiferencia, la sublimación, la sobreprotección, la desprotección, el rechazo, etc. De la consideración de todo ello se pueden sacar conclusiones muy válidas, de las que son los sentimientos positivos hacia los mayores lo que, sin duda, mejorarán la visión y la relación con ellos.

Los mayores son vistos como personas rígidas, caprichosas, lentas, reacias al cambio. Esta mala imagen social que pesa sobre ellos les lleva a caer en depresiones, a añorar su vida profesional y a tener conciencia de inutilidad (se viven como un «estorbo»). Algunas de las situaciones dolorosas que las personas mayores suelen hacer explícitas son: falta de recursos económicos, sufrimiento por duelo, falta de comunicación, depresión, soledad, miedo al futuro, desmotivación, problemas de salud, falta de prestigio y reconocimiento tras una larga vida profesional...

Pero hay situaciones implícitas que sólo la cercanía, el acompañamiento y la creación de un espacio de escucha harán explicitas: no sentirse querido, ser vulnerado en la intimidad, no percibir un trato singularizado, falta de confianza en alguien, necesidad de aceptación, de ser pensado y esperado por alguien, búsqueda de afirmación, desarraigo de la tierra de la estirpe, búsqueda de una vida saludable, etc. Este dolor, que el mayor expresa a gritos, nos ayudará a comprender las *sombras* de una realidad desde la que se nos están haciendo preguntas a las que hay que dar *respuestas* coherentes desde los poderes públicos y la ciu-

dadanía en general, creando una nueva conciencia social de un grupo humano que va en aumento y que desea escribir una nueva biografía y vivir sus días con plenitud[7].

Las personas mayores tienen derecho a equivocarse, a entristecerse y a solicitar ayuda cuando la precisen. Lo esperan *todo* de la sociedad, de la familia, y sufren una fuerte decepción cuando sus expectativas afectivas no se ven cumplidas, llegándose incluso a negar o justificar la desatención de que están siendo objeto. Ello se da en llamar, en el ámbito doméstico, la «justificación del desamor». Tienen derecho a que se les dispense amor, comprensión, acogida, escucha, tiempo, compañía...: en suma, todos los elementos que forman la trama de una vida con calidad. Se puede caer en el simplismo de pensar que, cubriendo las necesidades físicas elementales, ya se ha cumplido. No es así, pues en todas las edades las personas tienen necesidades afectivas y relacionales que son nutrientes de primera necesidad a los que los mayores no tienen que renunciar. Frente a esta cara más oscura de la realidad, queremos apuntar a continuación la contribución de las personas mayores a la construcción de un mundo más humano y solidario, regalando amor, compañía y experiencia a otros.

4. Luces de una realidad

Ser mayor significa haber «cumplido años», acumulado una experiencia, vivido en otros tiempos... y poder mantener, no obstante, una vida socialmente activa y gratificante. Es lo que se llama la *competencia,* huyendo así de estereotipos que identifican a la persona mayor con un conjunto de carencias físicas e intelectuales. Se trata de dotar a los mayores de todos los recursos necesarios para el desarrollo de una vida independiente y saludable. Con ello podrán gozar de una existencia plena, lo que retrasará en muchos casos las situaciones de *dependencia.*

Las personas mayores son percibidas más como receptoras de ayuda, cuidado y apoyo económico que como cuidadoras de otros; los que necesitan de otros no pasan del 10 o el 15%. Los mayores prestan ayuda instrumental a sus hijos cuidando de los nietos; pero la más impor-

7. Cf. YANGUAS, J.J. et al., *Intervención Psicosocial en Gerontología: manual práctico,* Cáritas Española, Madrid 1998, p. 93.

tante es la ayuda de carácter *expresivo*. Los mayores proporcionan sobre todo afecto, tiempo, protección, seguridad, experiencia, principalmente a la infancia y la adolescencia. Recientes investigaciones de la Unión Europea ponen de manifiesto el mutuo beneficio de la relación entre abuelos y nietos, siendo Italia, Grecia, España y Portugal los países en los que está más presente esta relación.

La madurez destila una filosofía de la vida que puede servir de contrapunto a las ansiedades y prisas de las jóvenes generaciones, al dar de lo que son, de lo que saben. Los mayores coronan la vida con el noble oficio de *maestros,* quicio de la transmisión de valores humanos. Se llega a mayor cuando más se sabe, lo que constituye un caudal de experiencia innegable; se posee la llamada autoridad moral como consecuencia de haber vivido muchos años, y desde ahí se ayuda a los más jóvenes con la escucha, el saber y el consejo. La memoria es altruista por naturaleza, no se consume en sí misma, es para ser contada a los otros, siempre que haya quien la quiera oír.

Otra aportación del mayor es transmitir la síntesis y la conclusión de lo que de verdad vale la pena: ser fiel a una identidad personal construida con pocos pero muy valiosos soportes. Las personas mayores cercanas pueden ayudar a los jóvenes a distinguir lo importante de lo accesorio, pueden orientar en momentos de desorientación. En síntesis, los consejos básicos de los mayores se resumen en vivir el presente, saborear lo bueno de cada día, luchar contra las dificultades. Las personas mayores están convencidas de que deben dar testimonio de cosas sencillas y profundas de las que, según su experiencia, está hecha la vida buena; pero, paradójicamente, no se llega a ella hasta haber apurado todas las demás[8].

Hay que subrayar también la entrega generosa de muchas personas que, siendo ya mayores, *cuidan* a un familiar enfermo o incapacitado. Ello supone una actividad que no es remunerada económicamente ni reconocida socialmente. Muchas de estas actividades de ayuda las desarrollan *mujeres mayores,* ya que ellas tienen incorporado culturalmente el rol de cuidar, aparte de que son más longevas que los hombres. Estas actividades no son consideradas económicamente producti-

8. MONCADA, A., *Años dorados: entender a los mayores y prepararse para serlo,* Ediciones Libertarias, Madrid 1998, p. 121.

vas, por lo que no se evalúan sus costos por parte de los políticos ni de quienes diseñan las políticas sociales. Al adentrarnos en la Gerontología, nos encontramos con una «nueva vejez»: la que conforman personas con un perfil diferente del de las generaciones anteriores. Los cambios económicos, sociales y culturales acaecidos en nuestro país en las últimas décadas llevan a la existencia de un grupo de personas con mayores recursos materiales, económicos y sociales que las generaciones precedentes. Por tanto, la *contribución* de estas personas a la sociedad en general es más rica y comprometida en tiempo y actividades. Las personas mayores tienen que tener oportunidades de desarrollo integral como en otra etapa de la vida. Se trata de gestionar el tiempo, llenarlo de actividades gratificantes que les haga sentirse necesarias, útiles, valiosas y con un vida *llena de sentido;* una vejez positiva, con cauce para el desarrollo del capital humano que poseen[9].

Las aportaciones de las personas mayores a la sociedad han adolecido y adolecen de *baja visibilidad* social. Se consideran escasas, pues normalmente tienen lugar en el marco privado, en la esfera de lo cotidiano y, por tanto, son poco visibles colectivamente, dado que no tienen asignado un valor económico. La *participación* de las personas mayores pone de manifiesto la diversidad existente entre ellas, permite ver las formas de vivir no estereotipadas y facilita el que esta etapa vital no quede circunscrita al ámbito privado. Éste es el primer eslabón para que se valoren las aportaciones de las personas mayores a la sociedad; además, es un modo útil de evitar el aislamiento y mejorar su bienestar. Las personas mayores suelen participar de modo individual al margen de las asociaciones; los que se inscriben en ellas practican el voluntariado social o cultural y acceden a las nuevas tecnologías. La variedad de iniciativas y el carácter continuado de la mayoría ponen de manifiesto la capacidad de aprendizaje y producción de las personas mayores implicadas en las actividades voluntarias[10].

9. Cf. BAZO, M.T., «Aportación de las personas mayores a la sociedad: análisis sociológico»: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 73 (1996), p. 209.
10. PANIAGUA, R. – MOTA, R., *Guía de las ONGs de voluntariado de y para mayores de la Comunidad de Madrid,* Dirección General de Cooperación al Desarrollo y Voluntariado (Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid), Madrid 2000.

5. Para concluir

La preocupación por la calidad de vida de los ciudadanos en general es un asunto que ocupa uno de los primeros lugares de interés en las sociedades desarrolladas. En la medida en que éstas van envejeciendo, tal preocupación se extiende a los grupos de población de mayor edad. La búsqueda de la satisfacción es consustancial al ser humano de todos los tiempos, pero modernamente está más presente y es objeto de un serio interés por parte de políticos, legisladores y planificadores de las políticas sociales. El Estado de Bienestar tiene como principal objetivo el que las necesidades sociales sean satisfechas y se logre la calidad de vida de todos los ciudadanos, sin excluir a ningún grupo social.

Estas sociedades desarrolladas se caracterizan por una estructura demográfica en la que los ancianos ocupan una posición relevante. Esta situación es consecuencia de la mejora de las condiciones económicas y sanitarias. Cada vez se envejece de manera *más saludable* y con elevados niveles de autonomía y funcionamiento.

No pretendemos cerrar los ojos a otro tipo de vejez, en la que aparecen las carencias, las situaciones de soledad, abandono, mala salud...: lo que se denomina la *senectud,* ante la cual habrá que desplegar recursos e iniciativas para el desarrollo de una vida digna. Junto a este hecho, se ha demostrado ampliamente la eficacia de la prevención de la dependencia, en lugar de esperar pasivamente a que ésta se produzca. Ello abre horizontes hacia un *cambio cultural* que trasciende la pura mejora técnica sobre cómo atender a las personas dependientes. Este cambio permite abandonar la gestión del fracaso y optar por la búsqueda del éxito, a la par que ofrece beneficios al individuo y a la sociedad, al permitir que estas personas tengan una vida plena. Este envejecimiento saludable es lo que se ha dado en llamar la *senescencia.*

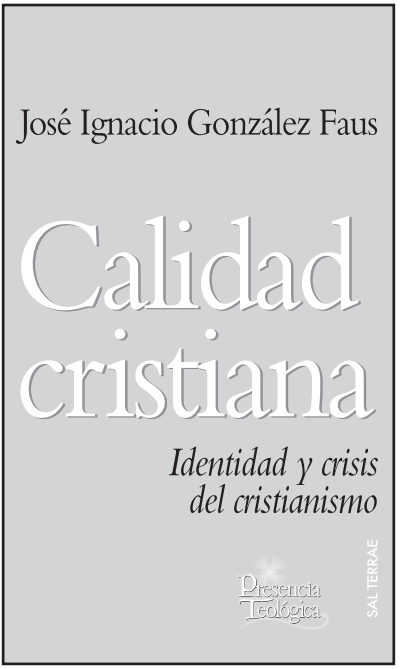
Concluimos haciendo nuestras las propuestas del profesor Subirats[11] cuando afirma que la vejez no tiene por qué ser asimilada necesariamente a un estado de carencias más o menos permanentes: las personas mayores no constituyen un grupo especial de nuestra sociedad. La vejez es una *oportunidad* de convivir con los demás; de hacer aquello que antes no se pudo hacer; de recuperar lazos de amistad y de

11. SUBIRATS, J., *La vejez como oportunidad,* Instituto Nacional de Servicios Sociales (Ministerio de Asuntos Sociales), Madrid 1992, p. 11.

familia; de aprender y enseñar cosas útiles para los demás y gratificantes para uno mismo; de no perder la curiosidad por el mundo y tener ocupada la mente. Es la situación de aquellos mayores que entienden que, finalmente, les ha tocado vivir, que pueden hacerlo y que tienen ganas de afrontar nuevos retos; tal vez, más que otros, porque nadie los ha preparado para una etapa que puede ser plena y abierta a nuevas experiencias, nuevas curiosidades y nuevos horizontes. Aprender cosas nuevas es la mejor medicina contra la soledad, el abandono y el aislamiento; es la mejor forma de demostrar y demostrarse que *nunca es tarde,* que vale la pena vivir y que el objetivo de las actividades desempeñadas no estriba ya en el reconocimiento exterior, sino en la satisfacción personal de seguir creciendo y de culminar la propia existencia creativamente. Hay que acostumbrarse a entender la vida con plenitud, como un continuo de posibilidades vitales, pues, como dice Pascal, *no hay nada tan duro para el hombre como el reposo completo, sin pasión, sin ocupación, sin distracción ni meta. Entonces es cuando percibe su insignificancia, su aislamiento, su insuficiencia, su subordinación, su impotencia y su vacuidad.*

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

J.I. GONZÁLEZ FAUS
Calidad cristiana.
Identidad y crisis del cristianismo
392 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 19,00 €

En línea con aquello de Bonhoeffer de que el Dios revelado en Jesucristo «pone del revés las ideas sobre Dios de una religiosidad general», Dios aparece como un misterio de Gratuidad que transforma al ser humano en un ser confiadamente receptor y, desde ahí, radicalmente solidario. Resulta entonces que verdades de fe como la divinidad de Jesús dejan de ser un «precinto de calidad» útil para garantizar afirmaciones de los poderes sagrados y tienen mucho que ver con cosas como la xenofobia o el racismo. De ahí brotan infinidad de tareas para la Iglesia: hacia dentro (jerarquía y pueblo de Dios) y hacia fuera (en temas como las religiones de la tierra y la globalización).

ST 94 (2006) 189-198

Dos ancianos, una revelación.
Moisés y Job, centenarios repletos de bendición

Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ*

«Vejez venerable no son los muchos días,
ni se mide por el número de años;
canas del hombre son la prudencia
y edad avanzada, una vida sin tacha»

(Sab 4,8-9)

No es habitual encontrar en la Biblia ni en otros escritos de la Antigüedad las afirmaciones del libro de la Sabiduría de Salomón que encabezan estas páginas. Ellas subrayan que «la medida justa de una vida no son los años, sino la virtud... La prudencia y la vida sin tacha son patrimonio del justo, aunque sea joven»[1].

No es habitual, porque, con alguna excepción (Job 7; 8; 9; 10; Qo 12,1), lo que suele estar presente en ellos, especialmente en el Antiguo Testamento, son referencias positivas al valor de la ancianidad: se la equipara al buen juicio, a la cordura, al saber aconsejar.

Si la época final de la vida tiene su cabida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, también la tienen los protagonistas de la misma, los ancianos, que son «signo y cuasi-sacramento de los genuinos valores del Evangelio, la fe en el Dios de las promesas... la esperanza de un mundo siempre prometido... la caridad que hace presente la paternidad de Dios»[2]. Dos de ellos, Moisés y Job, van a ocupar un lugar priorita-

---

* Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). <esanz@teo.upcomillas.es>.

1. L. ALONSO SCHÖKEL, *Eclesiastés y Sabiduría* (Los libros sagrados, 17), Madrid 1974, 104; J. VÍLCHEZ, *Sabiduría* (Nueva Biblia Española), Estella (Navarra) 1990, 200.
2. Véanse estas y otras interesantes indicaciones en J.R. FLECHA, «"En la vejez seguirá dando fruto" (Sal 92,15). Ancianos y ancianidad en la Biblia»: *Sal Terrae* 81 (1993) 761-775.

rio en esta primera contribución del número que *Sal Terrae* dedica, al inicio de la primavera de 2006, a las personas ancianas, esas que, curiosamente, «incluso en su ocaso llevan fruto, pues conservan su verdor y lozanía» (Sal 92,15). Ambos comparten diversos elementos en común. El principal es, sin duda, haber vivido una vida longeva y llena de bendiciones. El central –el que aquí se va a desarrollar–, haber sido transformados en vida por una revelación divina, por una intervención directa y no mediada de Dios. Una revelación que, en el caso de Moisés, tiene como principal consecuencia la confirmación de los planes de Dios y su configuración con ellos; y en el de Job, la profunda dimensión y el enorme alcance que posee su afirmación: «te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5).

Moisés tenía 120 años cuando murió (Dt 34,7)

«Hizo salir de Israel a un hombre de bien que alcanzó el favor de todos, amado de Dios y de los hombres... Dios lo escogió de entre todos los vivientes... cara a cara le dio los mandamientos, la ley de vida y de ciencia» (Eclo 45,1-5).

La cita con que comienza este apartado está tomada de la parte del libro de Ben Sira (Eclesiástico) comúnmente conocida como «Elogio de los antepasados» (Eclo 44,1-50,24), parte que posee un valor especial en la literatura sapiencial bíblica, porque «es la primera vez que un maestro de sabiduría se interesa por la historia de su pueblo»[3]. En ella hay un personaje especialmente exaltado (Moisés), de quien se dicen cosas tan bellas como las que se acaban de señalar, tan bellas también como las que resaltan numerosos pasajes del Antiguo Testamento, sobre todo del Pentateuco.

De él se dice, en primer lugar, que es el interlocutor de Dios, el tú de Yahveh, el enviado de Dios por antonomasia: «Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas... Así dirás a los israelitas: "El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros"» (Ex 3,11-15). Un enviado dotado de una autoridad con la que legitima las leyes y mensajes que Dios transmite a su pueblo[4].

3. M. GILBERT, *Les cinq livres des Sages. Proverbes – Job – Qohélet – Ben Sira – Sagesse* (LiBi 129), Paris 2003, 218.
4. G. FISCHER, «Das Mosebild der Hebräischen Bibel», en (E. Otto [ed.]) *Mose. Ägypten und das Alte Testament* (SBS 189), Stuttgart 2000, 84-120, esp. 90-92.

Aspecto, este último de la autoridad, que tiene su valor en el relato del Éxodo. Aspecto que tiene igualmente su valor tanto en el conjunto del Pentateuco (en especial en relación con la ley) como en la época en que éste adquiere su forma final (postexilio)[5].

De Moisés se afirma igualmente que es el profeta de Dios, el que transmite su Palabra; una Palabra que cambia el signo de la historia[6]. Ex 19-24, unidad textual en la que Dios expresa su vinculación personal y definitiva con su pueblo, Israel, resalta de modo particular esta característica mosaica: «Moisés subió al encuentro de Dios, y el Señor lo llamó desde el monte y le dijo: "Así dirás a los hijos de Israel..." Cuando Moisés regresó del monte, llamó a los ancianos del pueblo y les expresó todo lo que el Señor le había ordenado» (Ex 19,3.7). No es, sin embargo, Moisés cualquier profeta, sino que es *el profeta entre los profetas*. Recordando el final del libro del Deuteronomio, Moisés es aquel «con quien Yahveh trataba cara a cara...»; y es muy poderoso, «pues nadie ha realizado las tremendas hazañas que él realizó a la vista de todo Israel» (Dt 34,10-12). Una importante afirmación que subraya la superioridad de Moisés, de la revelación que él recibió y de los prodigios que Dios realizó a través de él[7].

Moisés es caracterizado también como el pastor en el desierto, el hombre de Dios, el siervo del Señor[8]. Asimismo, como el mediador pedido por Israel para responder a la manifestación inmediata y directa de Dios en el Horeb y como el intercesor ante éste en momentos y situaciones especialmente críticas para él. Estos aspectos aparecen explicitados en textos del Pentateuco tan importantes como Ex 32-34 (relato de la construcción del becerro de oro), Nm 13-14 (episodio del envío de los exploradores) y Dt 5 (capítulo que contiene la promulgación del Decálogo). En la primera unidad mencionada, capital es el papel que desempeña Moisés para que, tras el pecado cometido por Israel, éste no sucumba, sino que sea restaurado; igualmente, para que la alianza que el pueblo ha recibido de Dios pueda renovarse[9]. En el relato del libro de

5. Puede encontrarse un amplio desarrollo de este punto en J.L. SKA, «"La scrittura era parola di Dio, scolpita sulle tavole" (Es 32,16). Autorità, rivelazione e ispirazione nelle leggi del Pentateuco»: *RStB* 12 (2000) 7-23.
6. B. RENAUD, «La figure prophétique de Moïse en Exode 3,1-4,17»: *RB* 93 (1986) 510-534, esp. 522-533.
7. J.L. SKA, *Il libro sigillato e il libro aperto,* Bologna 2005, 103-104.
8. Puede verse un desarrollo de estos temas en G.W. COATS, *Moses. Heroic Man, Man of God* (JSOT.S 57), Sheffield 1988, 157-185.
9. C. DOHMEN, *Exodus 19-40* (HThKAT), Freiburg im Breisgau 2004, 322;

los Números es la intercesión de Moisés la que persuade a Dios para que deje de lado su juicio contra Israel (Nm 14,11-12: «lo heriré de peste y lo aniquilaré»)[10]. Por último, Dt 5 es un capítulo que presenta, entre otros aspectos, un modo de entender el binomio «revelación de Dios» / «respuesta de Israel». El pueblo solicita la mediación de Moisés para que éste facilite y haga que a la revelación más ilimitada de Dios, es decir, a su manifestación más cercana, le siga no una respuesta de Israel de vinculación y adhesión personal e ilimitada a Yahveh, sino una respuesta que señale y salvaguarde la distancia con la divinidad[11].

Así pues, no es fácil encontrar en el Antiguo Testamento un personaje como el de Moisés; un personaje del que se destaquen, entre otros, aspectos tan determinantes como el de ser *el tú de Yahveh,* el enviado dotado de autoridad, el profeta por antonomasia, el mediador e intercesor. Uno de ellos, que hasta ahora apenas ha sido mencionado, posee, sin embargo, una importancia relevante a la hora de hablar de Moisés, de su edad, de sus facultades, del valor y del sentido de su vida; lo resume con precisión Dt 34,7: «Moisés tenía 120 años cuando murió. No se habían apagado sus ojos, ni se había debilitado su vigor».

Afirma Jean-Pierre Sonnet que «la intriga del Deuteronomio es, por una parte, la de la relación de Moisés con su propia muerte...»[12]. En el artículo del que se ha tomado esta cita, el exegeta belga se pregunta si hay contradicción entre estas dos afirmaciones del libro del Deuteronomio: la mencionada en el párrafo anterior (Dt 34,7) y la que aparece unos capítulos antes («Moisés dirigió estas palabras a todo Israel: ya tengo 120 años y no puedo moverme»: Dt 31,1-2).

Esta última cita presenta un elemento más, que posee su importancia en el conjunto del libro del Deuteronomio y que sostiene las orientaciones que proponemos a continuación.

R.W.L. MOBERLY, *At the Mountain of God. Story and Theology in Exodus 32-34,* (JSOT.S 22), Sheffield 1983, 75; F. POLAK, «Theophany and Mediator. The Unfolding of a Theme in the Book of Exodus», en (M. Vervenne [ed.]) *Studies in the Book of Exodus. Redaction - Reception - Interpretation* (BEThL 126), Leuven 1996, 113-147, esp. 142-143.

10. K.D. SAKENFELD, «The Problem of Divine Forgiveness in Numbers 14»: *CBQ* 37 (1975) 317-330, esp. 320.
11. Un desarrollo más amplio de este aspecto puede verse en E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Un recuerdo que conduce al don. Teología de Dt 1-11* (BTC 11), Bilbao 2004, 75-108.
12. J.-P. SONNET, «Le rendez-vous du Dieu vivant. La mort de Moïse dans l'intrigue du Deutéronome (Dt 1-4 et Dt 31-34)»: *NRT* 123 (2001) 353-372, esp. 372.

Inmediatamente después de hacer referencia a su edad y a su situación personal, Moisés afirma: «además, el Señor me ha dicho "no pasarás el Jordán"». No sólo es destacable la conexión entre dos verbos de movimiento (moverse/pasar); lo es, sobre todo, la centralidad que tiene en el quinto libro de la Biblia el hecho de que Moisés no acompañe a Israel a la tierra prometida y se quede a las puertas de ésta, antes de cruzar el Jordán.

Al comienzo del Deuteronomio (Dt 1-3), Moisés culpa a Israel de la muerte que le va a sobrevenir. Alejándose del verdadero motivo de ésta, presente en Nm 20,12 («El Señor dijo a Moisés y a Aarón: "Por no haber creído en mí, por no haber reconocido mi santidad en presencia de los israelitas, no seréis vosotros quienes introduzcan a este pueblo en la tierra que yo les doy"»), afirma en Dt 3,23-27: «Yo invoqué entonces al Señor... Pero el Señor se irritó contra mí, y por culpa vuestra no me escuchó, sino que me dijo... "contempla lo que ves, porque no pasarás el Jordán"». Unos versículos después, Dt 4,21-22, Moisés repite las falsas acusaciones contra Israel: «El Señor se irritó contra mí por culpa vuestra y me juró que no pasaría el Jordán ni entraría en la tierra buena que el Señor tu Dios te da en herencia».

Sin embargo, a partir de Dt 31 puede observarse un importante cambio en las intervenciones de Moisés en relación con su no entrada en la tierra prometida. Es éste un capítulo que une con coherencia textos de diversa procedencia y que presenta en un lugar destacado la primera intervención directa de Dios en el Deuteronomio. En ella destaca sobremanera la «teofanía», *clímax o punto central y más elevado del citado libro*[13]. Una manifestación de Dios que produce en Moisés un aprendizaje de elementos novedosos en relación con aspectos o temas que no le eran desconocidos: Dios le hace conocer que se acerca el final de su vida; igualmente, lo que le sucederá a Israel cuando llegue dicho acontecimiento.

Dicha revelación marca la vida de Moisés en los capítulos finales del Deuteronomio, en los que aparece como el transformado por Dios. Así, en los capítulos siguientes, y en especial en Dt 32,48-52, se puede comprobar cómo el mismo Dios señala a Moisés cuál es el verdadero motivo de su muerte. Como se ha señalado, Moisés acusa falsamente a Israel de ser el causante de ella; sin embargo, después de la revelación ni recuerda dichas acusaciones ni se opone a escuchar el porqué de su

13. G. BRAULIK, *Deuteronomium 16,18-34,12* (NEB.AT 28), Würzburg 1992, 221.

no entrada en Canaán. Igualmente, entre Dt 32,48-52 y Dt 34,1-6 hay una destacada conexión, que permite subrayar cómo los últimos gestos y las últimas acciones de Moisés expresan tanto que éste cumple lo que Dios le pide como que conforma su vida y sus decisiones a la Palabra de este último, cuya voluntad escucha y obedece (*ob-audire*).

Todos estos aspectos están incluidos en Dt 34,5-7, en las afirmaciones del narrador, verdadero punto de vista dotado de autoridad en el relato: «Moisés murió en la tierra de Moab, como había dispuesto el Señor... Tenía 120 años cuando murió. No se habían apagado sus ojos ni se había debilitado su vigor»[14].

En definitiva, Moisés vive una larga vida, a cuyo final llega en plenitud de facultades. Y lo hace en apertura, disponibilidad y obediencia a Dios, a quien sirve (Dt 34,5: «Moisés, siervo del Señor»). Ha sido precisamente éste el que lo ha facilitado y posibilitado, especialmente a través de una manifestación, de una revelación que sucede en los últimos días de la vida de Moisés, en los días de su ancianidad. Si importante es la caracterización de Moisés como interlocutor y profeta de Dios, mediador e intercesor de Israel ante Dios, decisivo puede ser quizás el que sea receptor de una revelación transformadora de Dios que le permite vivir en plenitud de facultades una vida cargada de sentido y llena de bendiciones.

Job murió anciano y colmado de días (Job 42,17)

Cuando se hace una presentación de lo más característico del conocido personaje bíblico que es Job, no suele hacerse referencia a su larga vida, a los 140 años de su existencia. Suele ser más normal mencionar de él calificativos como justo (Ez 14,14.20), íntegro, recto y temeroso (Job 1,1), hombre profundo y sufriente, capaz de asumir el dolor y de buscar a Dios. Sin embargo, como Moisés y otros personajes del Antiguo Testamento, la vida de Job estuvo también marcada por la bendición, la prosperidad, la longevidad. Y al igual que sucedió con Moisés, hay un episodio de su existencia, la revelación o manifestación de Dios (Job 38-41), que posee una importancia destacada en los acontecimientos que la configuran, y que permiten señalar que es característico y rele-

14. J.-P. SONNET, *art. cit.* en nota 12, pp. 356, 365-369.

vante en Job «haber vivido hasta la edad de 140 años y haber visto a sus hijos y a sus nietos hasta la cuarta generación» (Job 42,16).

Uno de los primeros capítulos del libro de Job (Job 7) presenta un duro discurso de su protagonista; en él hace fuertes y llamativas afirmaciones sobre la vida del ser humano y sobre Dios, el que le maltrata y tortura, el que no es ya el salvador de los sufrientes y desgraciados: «La vida del hombre sobre la tierra es como un servicio militar, y sus días como los de un jornalero... Meses de desengaño me han tocado, y noches de sufrimiento me han caído en suerte... Preferiría ser estrangulado, morir, antes que vivir con este cuerpo... ¿Hasta cuándo, Yahveh, seguirás vigilándome, sin darme tregua ni para tragar saliva? ¿Por qué me has hecho blanco de tus flechas?».

En dicho capítulo menciona igualmente un motivo común a otros libros sapienciales: la brevedad de la vida: «mis días corren más que la lanzadera... mi vida es un soplo». Lo característico de dicha mención temporal es que «es el punto de apoyo desde el cual se dirige a Dios»[15].

Asimismo, la respuesta de Job a uno de sus tres amigos, Bildad (Job 9), posee, por diversas razones, un destacado realce. En primer lugar, porque el protagonista del libro considera una condenación injustificada, procedente de Dios, la prueba que está padeciendo. En segundo lugar, porque se opone a la doctrina clásica de la retribución, que defienden sus amigos; y lo hace subrayando que, aunque es cierto que Dios siempre tiene razón, no lo es por lo que ellos afirman, sino porque abusa de la fuerza a su antojo («¿quién resiste a Dios y queda impune?»). Se trata de un Dios que, en su gran poder, no respeta ningún tipo de orden; un Dios que convierte al justo en malvado; un Dios desconcertante. Todo ello repercute en la relación de Job con Dios, que entra en una situación crítica. Para salir de ella empieza a barruntar la idea de establecer un pleito con Dios, un proceso contra él, en el que éste comparezca ante Job, discuta con él y reconozca su inocencia[16].

Al mismo tiempo, y en medio del desconcierto y la lucha en que se encuentra, Job proclama: «Mis días pasan más raudos que un correo, pues se van sin haber visto la dicha; se deslizan igual que canoas de junco, como águila que cae sobre presa» (Job 9,25-26).

---

15. L. ALONSO SCHÖKEL – J.L. SICRE DÍAZ, *Job. Comentario teológico y literario,* Madrid 1983, 161. Estas y otras páginas más (180, 531-592) inspiran algunas referencias que indicamos a continuación.
16. K. ENGLJÄHRINGER, *Theologie im Streitgespräch. Studien zur Dynamik der Dialoge des Buches Ijob* (SBS 198), Stuttgart 2003, 108-114.

Estas y otras referencias temporales sobre la fugacidad de la vida aparecen antes de los decisivos capítulos 38-41 del libro de Job. Hasta entonces, el libro ha dejado claro el fracaso de los diálogos entre Job y sus amigos, a quienes considera interlocutores no válidos y a quienes pide que permanezcan en silencio. Al fin y al cabo, Job quiere encontrarse, dialogar y pleitear con el propio Dios, para que sea éste quien le explique las razones de su sufrimiento. En un largo monólogo (Job 29-31), formula por última vez su postura, reivindica por última vez su inocencia y provoca explícitamente a Dios para que salga del silencio tan sepulcral en que se encuentra: «¡Es mi última palabra: que el Poderoso me responda! Si mi Adversario escribiera su alegato, lo cargaría sobre mis espaldas, me lo ceñiría igual que una corona» (Job 31,35).

Tras un largo y prolongado silencio, Dios habla y *sale de su neutralidad* con respecto a los acontecimientos que vive Job. Y lo hace por medio de una revelación (*Dios respondió a Job desde la tormenta*). Ahora bien, lo característico de ella es la conexión que existe en Job 38-41 entre teofanía y palabra: Dios se revela *manifestando* una palabra sobre su presencia en ese mundo tan desordenado del que se quejaba Job. Una presencia que, aunque no destruye el mal ni hace milagros para eliminar el sufrimiento, los reprime y los controla.

Se trata, además, de una revelación determinante para Job, quien se encuentra con el Creador en la teofanía y la palabra, *expresión literaria del encuentro con Dios en el sufrimiento.* Es precisamente «la enfermedad inmerecida e inexplicada la que le lleva a conocer de otro modo al Creador»[17]; es entonces cuando se le desvela el misterio divino, el Dios que es precisamente Misterio.

Al mismo tiempo, y como sucede en el caso de Moisés, la manifestación de Dios también es determinante para Job, en cuanto que opera un significativo cambio en él. Sus mejores expresiones son la conocida frase «te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5) y el epílogo del libro de Job (Job 42,7-17), en el que se menciona la larga y fructuosa vida vivida por su protagonista, mencionada anteriormente.

Un cuidado acercamiento a ambas referencias permite subrayar los siguientes aspectos[18]:

---

17. J.R. BUSTO SAIZ, *El sufrimiento. ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?,* Lección inaugural del curso académico 1998-1999 de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1998, 19-23.
18. Seguimos muy de cerca el estudio de B. COSTACURTA, «"E il Signore cambiò le

– Al final de su recorrido y de sus disputas con Dios, Job ve a Dios y conoce su Verdad (ser ante todo Misterio).
– Se trata de un Dios bueno, que perdona a los amigos y que hace entrar a Job en la misma dinámica de la misericordia al reconciliarse con ellos.
– Es entonces cuando Job vive una bendición en plenitud, en la medida en que su suerte es restaurada, y él recibe el doble de lo que había poseído.
– Toda esta sobreabundancia de dones recibidos (bienes, hijos, ganado, 140 años de vida...) no es un premio a alguna buena acción realizada por Job. Se trata, sin duda, de la mejor expresión de algo que anteriormente había sucedido (la revelación de Dios a Job y el diálogo que mantiene con él).

De modo que el final del libro de Job y sus últimas frases («vivió Job hasta la edad de 140 años y vio a sus hijos y a sus nietos hasta la cuarta generación; murió anciano y colmado de días»: Job 42,16-17) guardan una estrecha conexión con la manifestación teofánica de Dios y con el diálogo que éste mantiene con el protagonista del mismo, diálogo que sucede, curiosamente, después de toda una serie de monólogos llevados a cabo por Job y sus tres amigos. Así pues, la vida del justo, íntegro y sufriente Job alcanza su plenitud en el momento en que Dios se le manifiesta y establece un encuentro dialogal con él; su expresión principal es precisamente la referencia a la larga vida por él vivida.

Vivir esperando al Dios que se revela

En el momento en que estas páginas se escriben, se estrena en las pantallas cinematográficas españolas una comedia romántica de Marcos Carnevale titulada *Elsa & Fred.* Es una historia de amor tardío entre dos personajes que rondan los ochenta años de edad, llenos de vida, sueños e ilusiones, entre ellas, la de emular la antológica y famosa escena de *La dolce vita:* Anita Ekberg y Marcello Mastroianni bañándo-

sorti di Giobbe". Il problema interpretativo dell'epilogo del libro di Giobbe», en (V. Collado Bertomeu [ed.]) *Palabra, prodigio, poesía. In memoriam P. Luis Alonso Schökel, S.J.* (AnBib 151), Roma 2003, 253-266.

se en la Fontana di Trevi. Una historia que resalta, sobre todo, cómo la vida de Fred cambia radicalmente en el momento en que Elsa irrumpe en su vida. Cuando esto sucede, él encuentra sentido a su existencia y reconoce que nunca es tarde para vivir. Así lo manifiesta el propio Fred en uno de los múltiples diálogos que mantiene con su hija: «Desde que he conocido a Elsa, no me estoy dando muerte, sino que me estoy dando vida».

También cambió radicalmente la vida de dos centenarios repletos de bendición, Moisés y Job, cuando Dios irrumpió en ella, cuando Dios se les manifestó de un modo más explícito. Desde entonces, todo fue distinto para estos dos modelos bíblicos: para el mediador, intercesor y profeta de Dios; y también para el hombre justo, sufriente y temeroso de Dios.

Distinta puede ser igualmente la vida de muchos y muchas ancianas de nuestras regiones y países si Dios irrumpe en ella al modo en que lo hizo con los ilustres Moisés y Job. Una irrupción que, como sucedió en la vida de ambos, ninguna persona mayor ni ninguno de nosotros podemos calcular, prever o adivinar. Una irrupción que, sin embargo, sí puede esperarse y desearse con toda la energía del mundo y con todas las fuerzas, muchas o pocas, que en el ocaso de la vida todavía se mantienen en pie. Incluso en situaciones tan cercanas a las que vivió el propio Job: de enfermedad (del tipo que sea) inmerecida e inexplicable.

No sería en absoluto una mala elección para cualquier anciano o anciana dedicar gran parte de las fuerzas y energías que aún les quedan a esperar la manifestación de Dios en sus vidas, de ese Dios Tú, de ese Dios Otro, de ese Dios Misterio. Sería sin duda una buena, joven y eterna opción; sería sin duda la mejor expresión de que, igual que sucedió con Moisés, «sus ojos no se han apagado ni su vigor se ha debilitado».

ST 94 (2006) 199-209

Hacia una nueva diaconía

Mari Patxi AYERRA*

Soñando a los mayores en la Iglesia

Recuerdo una frase que decía algo así como *«Sueño que se sueña solo: puede ser pura ilusión; sueño que se sueña juntos: es señal de solución»*. Por lo menos, a mí me gustaría que lo fuera; así que me voy a permitir en este artículo soñar en voz alta. Y si alguien se anima a soñar conmigo..., es posible que consigamos algo.

Habiendo llegado a la edad de la sabiduría, creo que estoy en el momento adecuado para cumplir mis sueños antes de que se me escape la vida, esa que corre que se las pela. Hace nada que cumplí los cincuenta, ya estoy tocando los sesenta, y siento que se me acaba esta historia apasionante del vivir, que me tiene loca, me encanta y me fascina. Así que, como a una la liberan de obligaciones, es el mejor momento para decidir vivir para lo esencial.

Llegada a esta edad, una sabe muy bien lo que merece la pena y lo que no; elige entre aquello por lo que disgustarse y aquello que no merece la pena emplear en ello ni unos minutos; aquello que de verdad proporciona placer y aquello que son gustitos inmediatos, que luego se convierten en vacíos. Mientras nuestros hijos y nietos corren por los centros comerciales, intentando ser los primeros en tener lo último, llegar a todas partes, ver todas las películas y probar todas las aventuras, nosotros, los sabios, los mayores, podemos elegir inventar otra vida. La nuestra, la de hoy, la mejor.

Porque el ayer pasó, el futuro no sabemos si llegará, y lo único que nos pertenece es el presente; así que vamos a volcarnos en él a pleno pulmón, sin gastar ni un ápice en la memoria de las nostalgias y las penas, ni de las seguridades y los «por si acaso». Por eso, como hija de

* Animadora socio-cultural. Madrid. <maripatxi@mi.madritel.es>.

Dios que me siento, y habiendo descubierto que mi parcela espiritual es el motor de mi vida y la clave de mi existencia, me gustaría planificarme el presente atendiéndola adecuadamente.

Sueño en juntarme con otros cristianos, a poder ser en mi parroquia, para no tener que trasladarme lejos, y que éste sea el punto de nuestros encuentros y la fuente de nuestra nutrición espiritual. Ya sé que andamos escasos de curas y que son tiempos en los que hay corrientes encontradas en nuestra santa madre la iglesia. Que por un lado están los involucionistas, preocupados por la ortodoxia, sin encontrar su lugar en esta sociedad pluralista, y por otro lado los progresistas, que optan por los pobres y desfavorecidos y a veces se diluyen en la tarea. A unos y a otros se les puede desvanecer la interioridad en este tiempo de exterioridades, de derechos humanos, de palabras grandilocuentes y hechos dispersos y super-rápidos. Pero somos gente de esta época, y es aquí y ahora donde tenemos que vivir y actuar.

Dentro de nada, nos encontraremos con que la iglesia acabará acogiendo como don y como carisma el hecho de que los laicos seamos transmisores de la fe (en la familia, en el barrio y en la sociedad), asumiendo responsabilidades evangelizadoras que hasta ahora correspondían sólo a los clérigos.

La sabiduría de los mayores

Parto del convencimiento de que la mayoría de las personas mayores hemos adquirido la capacidad de relativizar y desdramatizar la vida. También, de que contamos con un tiempo libre de actividades obligatorias, y que podemos permitirnos el lujo de gastar la vida en lo que creemos que realmente merece la pena. Ya no se tiene que hacer nada por agradar a nadie, sino que se puede vivir para lo auténtico y lo esencial. Y como la espiritualidad es la parte de la persona que dinamiza al individuo, vivir en comunicación con Dios le pone a uno en contacto con lo mejor de uno mismo. Merece la pena tener una vida espiritual mayor y comprometerse en facilitársela a otros, o en tareas pastorales o sociales que aumenten la calidad y calidez de la vida, así como en el encuentro con las personas, con uno mismo y con Dios.

Ya que cada vez se viven más años y en mejores condiciones, nos encontramos ante la oportunidad de plantear un modelo de sociedad donde primen los valores de la autonomía personal, la igualdad y la integración social. Para ello es imprescindible desmitificar el valor de la

edad como factor que segrega, discrimina y define negativamente la vida de las personas. Por eso, podría contarse con personas de más de sesenta años que se prepararan adecuadamente para servir a la comunidad eclesial, a modo de diáconos, con mayor dedicación que otros parroquianos. La palabra «diácono» significa servidor; o sea, que serían personas dedicadas a un mayor servicio a la pastoral, la liturgia y las personas. Serían discípulos de Jesús, con una relación fuerte de amistad con Dios que les impulsara al servicio de los hermanos. Para ello deberían recibir una formación permanente que uniera y armonizara todas las dimensiones de su vida física, mental, social y espiritual.

No sé si a alguien le está viniendo a la cabeza la figura de los antiguos sacristanes, esa especie de hombres incoloros, anodinos y fríos que tenían más poder que los clérigos, que manejaban todos los «archiperres» eclesiales y que marcaban la distancia entre los sacerdotes y el pueblo llano. ¡No! En ningún momento me refiero a ese tipo de personas mandonas que se convierten en las gobernantas de la parroquia y parecen los censores, aduaneros o guardas de seguridad de todo lo sagrado. Lo que yo propongo es que haya unas presencias acogedoras, que no sólo puedan abrir o cerrar la iglesia, sino que acojan con cariño y cercanía a los que van llegando, que pregunten por los ausentes, que generen calidez en las celebraciones, que inviten a todos a sentarse cerca unos de otros en las celebraciones, no cada uno en una punta de la iglesia, como si estuvieran comiendo juntos, pero enfadados...

Puesta a soñar en la parroquia como comunidad de comunidades, yo imaginaría el templo abierto casi durante todo el día, es decir, con un horario aún mayor que el del Hogar del Pensionista, que por fin han descubierto que los mayores dormimos poco y molestamos en casa, por lo que han alargado su jornada. Mi parroquia se podría abrir tempranito, que para eso podríamos formar un equipo de gente que se responsabilizara pastoralmente, por turnos, que anduvieran por el templo «atendiendo al Señor y a sus amigos», compartiendo su experiencia de Dios, acompañando a alguien en un ratillo de oración, escuchando un dolor de quien está pasando un mal momento, o saludando a los niños que se acercan a echar un «recillo» al salir de su catequesis. Estoy pensando en esos jóvenes que pasean alrededor de las discotecas, a modo de reclamo, y animan a la gente a entrar, sin compromiso, a probar su local, a ver lo bien que se siente uno dentro... Pues algo así podría hacerse en mi parroquia: que hubiera siempre algún cristiano dispuesto a echar una parrafada con alguien, a animar a una persona agobiada, que viene a toda prisa, a compartir una oración; o a citarse para el día si-

guiente, si es que le ha ido bien... Me gustaría que fuera el lugar de encuentro del barrio.

Recuerdo una ocasión en la que paseábamos en familia por un pueblo playero, a las doce de la noche, viendo tiendas y recovecos, hasta que llegamos a la parroquia, que tenía sus puertas abiertas de par en par. Salió a nuestro encuentro el cura, que nos saludó afectuoso y nos ofreció la posibilidad de tomar algún libro o revista de los atriles que dispuestos junto a las puertas. Sonaba música gregoriana, y el clima invitaba a la oración y al recogimiento. Oramos un ratillo en familia, y al salir nosotros, volvió a hacerse el encontradizo el sacerdote, que nos preguntó por nuestras vacaciones; y al preguntarle sorprendidos por qué el templo estaba abierto a esas horas de la madrugada, él nos contestó que el pueblo vivía del verano y de los turistas, que por eso en ese tiempo su horario de trabajo era mucho más amplio, y que la iglesia estaba para acompañar a su pueblo y debía tener el mismo horario de trabajo que los demás, entre otras cosas, para que los visitantes también tuvieran la oportunidad de charlar un ratillo con el Señor. Por eso tenía todo abierto, ofreciéndose como los restaurantes y las tiendas, de forma atractiva y agradable.

Parroquia abierta todo el día

Pues así me gustaría que estuviera mi parroquia: abierta casi las veinticuatro horas del día, como algunas farmacias, donde se venden medicinas para sanar el cuerpo. Pero lo que ofrece el templo es para sanar el alma, para descansar el espíritu, para sosegar los agobios de la vida de las personas; y todo eso, a veces, es más urgente aún que las medicinas. La presencia constante de estos diáconos o semi-diáconos (me da igual el término; lo importante es que éste no les burocratice ni les quite frescura) será la de unas personas de buena voluntad que se hacen las encontradizas y saben contar lo que Dios va haciendo en su vida, con naturalidad y sencillez, no en plan de homilía pesada y ortopédica, sino con un lenguaje cotidiano y claro, como contaba Jesús las cosas, con parábolas y ejemplos que todo el mundo entendía. Ellos favorecerían momentos de encuentro entre la gente, generando redes de relación, de solidaridad y de fiesta.

Estos diáconos, muy bien formados en técnicas de grupos, en habilidades de comunicación y en encuentros espirituales, podrían preparar la liturgia de la eucaristía, la acogida y la participación, así como unos grupos de oración a media mañana y a media tarde, además de los

ritos habituales. Siempre intentando que la gente se ayudara mutuamente a vivir mejor. Sería interesante comentar el evangelio diario, al tiempo que se aplicarían técnicas de inteligencia emocional y habilidades para el encuentro, con el fin de que las personas fueran alcanzando la vida en abundancia que proponía Jesús, y se les ofrecerían recursos para terminar sus días en plenitud, armonía y felicidad.

Podría haber unos grupos de salud en los que se trabajara la aceptación de la enfermedad y la elaboración del duelo. Alguno de los diáconos debería formarse específicamente en estos dos temas, con el fin de acompañar el deterioro físico de los mayores, aportándole todo tipo de técnicas, recursos y trucos para convivir de la mejor manera posible con las carencias físicas, mentales y sociales que los años acarrean, ya que la relación con Dios ofrece horizontes de sentido y esperanza para mirar a la muerte cara a cara, sin empeñarse en prolongar la vida; además, ayuda a suavizar el dolor, sin hacer un ídolo del sufrimiento, y a asumir el propio derecho a elegir el modo de recorrer el proceso de morir y el tratamiento de la salud. Se podrían hacer tertulias e impartir cursos de aprender a envejecer, para que las personas vivieran su etapa vital con amor y con humor, disfrutando, en vez de «nostalgeando», y amando con toda su pasión y ternura. Podrían darse otros cursos interesantes de relajación, oración, meditación zen, control mental... y diferentes conocimientos para vivir mejor.

Desarrollo físico, mental, social y espiritual

El ser humano nace físicamente pequeño y se va haciendo con el transcurso de los años. Después llega a la plenitud y empieza a deteriorarse poco a poco. La mayoría de los mayores tienen alguna deficiencia corporal o pérdida de sentidos y capacidades. Es importante saber acompañar este deterioro para que dichas personas aprendan a vivirlo con naturalidad, sin complejos, sin instalarse en la nostalgia del ayer de su salud o su perfección. Que se les ayude a llevar con humor las «goteras» y deterioros que la vida normal acarrea, porque, llevadas de forma optimista, pesan mucho menos y no dificultan tanto la vida de la persona que las sufre ni la de quienes la rodean. Los mayores que se saben invitados a la plenitud y tienen una relación profunda con Dios se sienten más impulsados a vivir la vida en abundancia y a cuidar su cuerpo, que es su tarjeta de presentación y el compañero fiel de toda su vida, con la alimentación apropiada, el descanso, la higiene, la belleza, el ejercicio y la ternura que necesita.

Socialmente, la persona también va creciendo y aprendiendo durante toda su vida a relacionarse mejor consigo misma y con los demás. Hemos nacido para la relación y para el encuentro; y aunque hay muchos ancianos cascarrabias, que lo que han aprendido con los años es a ser más ácidos y ásperos, hay otros, en cambio, que se van haciendo más cálidos y amorosos, más escuchadores y tolerantes, más respetuosos y acogedores. Hay mayores a quienes el corazón de piedra se les va cambiando en un corazón casi líquido, que palpita con los seres humanos, que ama lo indecible y que derrocha misericordia a su alrededor. Ésta sería una cualidad que habría que trabajar en estos grupos, para que las personas supieran vivir en armonía consigo mismas y con los demás, para que se desarrollaran habilidades de comunicación, para ir sabiendo decir mejor el amor, comunicarse desde lo más profundo y compartir su maravilloso mundo interior. También serviría para potenciar la tolerancia, el entendimiento intergeneracional, la interculturalidad y la transmisión de valores.

Muchas veces, los jóvenes y los adultos no tienen tiempo para crecer en estas facetas. Y son los mayores los que saben vivir despaciosamente, escuchando a los nietos, admirando la vida, encontrándose con los otros seres humanos y con la realidad, siempre cambiante pero viva. Ellos, los que están «pillados» por el estrés, el agobio, la productividad y la realización, no tienen tiempo para armonizar su personalidad y desarrollarla plenamente. En cambio, los mayores se sienten potenciados a desarrollar sus capacidades sociales de relación y encuentro cada día un poco más.

Su parcela mental crecerá nutriéndola de formación e información, intentando ser personas que, aunque hayan nacido hace ya muchos años, están instaladas en el hoy y son capaces de comprender los signos de los tiempos y el momento que les ha tocado vivir, lo cual les permite acompañar la vida de los suyos y la de todos los seres humanos. Por eso no serán ancianos de los de «contar batallitas», sino personas interesadas en las noticias y acontecimientos de la vida, para querer a los de alrededor con su propia música, para conocer la realidad tan distinta de sus hijos, nietos, biznietos... o vecinos y compañeros de camino en la vida. Es muy importante tener una mente sana, abierta y comprensiva, para sentirse personas de este siglo, en vez de creerse prisioneros de un mundo que no les pertenece, porque no se han molestado en conocerlo.

Y, por último, viviendo en diálogo constante con el Señor, cuidarán su parcela espiritual, que es donde está el verdadero motor de la vi-

da, de donde brota el propio proyecto personal, donde se escucha la música de Dios, que nos susurra los grandes sueños que tiene para cada uno. Curiosamente, con los años, el proyecto personal se hace más claro, se va definiendo, y Dios te va mostrando para qué y cómo quiere que vivas. Uno encuentra sentido a casi todo y no pasa por alto ningún encuentro ni ningún regalo que la vida le hace; desde que abre el ojo por la mañana, se siente acompañado e impulsado a comenzar a escribir la página en blanco de ese día, a disfrutar del frescor del vaso de agua, del calor de la ducha, de la belleza de las plantas, de las relaciones, los detalles y los mil esfuerzos de las personas para que vivamos mejor. La radio que nos despierta puede ser como la llamada a la solidaridad, a enterarnos de lo que les ocurre a los hermanos, e inmediatamente poder decir: «Señor, Tú eres mi Dios, por ti madrugo...». Y sentir así que vivimos la vida acompañados, porque somos personas habitadas: Dios anda en los adentros, viviendo la vida a nuestro lado, y eso nos fortalece, nos impulsa, nos consuela y nos dinamiza.

La espiritualidad, impulso dinamizador, energía desbordante

Es importante acompañar el desarrollo de la parcela espiritual de los mayores, como también lo es permitir que sean ellos mismos los dinamizadores de otras vidas y de los grupos, compartiendo con otros su libertad interior, su fortaleza y su amistad con Dios de forma natural y transparente. La persona mayor que vive una historia de relación con Dios, con cuya vida siente entrelazada su vida, puede superar mejor sus dificultades físicas, sentir cómo rejuvenece su espíritu al tener su vida cargada de misión, y saberse válido para los demás por el hecho de cuidar, animar grupos o compartir la responsabilidad pastoral.

Actualmente hay grupos de mayores que se reúnen semanalmente para comentar el evangelio y que podrían convertirse en auténticos grupos de pertenencia y comunidades cristianas, donde se comparte vida, fe y compromiso. Y ya se sabe que la fe vivida y celebrada en comunidad se convierte en un elemento dinamizador de la persona y de la sociedad, en un espacio sanador y estimulante para todos los participantes, donde aprenden a vivir cada día mejor y a generar relaciones cálidas y fraternas en su familia, en su entorno, en el barrio y en la parroquia.

A estos mayores hay que dinamizarlos. No podemos seguir infantilizándolos, ofreciéndoles cánticos soporíferos ni homilías eternas e indescifrables, porque «lo aguantan todo»... No. Se merecen todo el respeto y la profesionalidad de los «administradores de sacramentos», que

deben cuidar hasta el extremo la creatividad de los ritos y la calidez de los espacios, así como las relaciones interpersonales de la comunidad. Pero se me ha escapado el sueño... y no quiero reprochar nada a nadie.

Quiero seguir soñando con una parroquia en la que trabajemos juntos clérigos y laicos, como elemento unificador del barrio; en la que los mayores animen a los adultos a la solidaridad, que les hablen de los hermanos que están en la cuneta de la vida, ya que ellos andan corriendo para cubrir sus necesidades básicas y las de los suyos y no se enteran de lo que les duele a los hermanos. Y los mayores pueden ser la voz de los sin voz, los que hacen de megáfono de las necesidades de la comunidad y los que gritan las heridas de la vida. Podría haber un despacho de acogida, no como los de toda la vida, sino una especie de cuarto de estar, con una mesa camilla, en vez de la mesa de notario que acoge en algunas parroquias a los necesitados, como si de la administración se tratara, y que sólo le faltan los manguitos al funcionario que les rellena la ficha de sus carencias. En ese cuarto de estar, decorado de forma acogedora y familiar, con una máquina de café o una sencilla cafetera para poder invitar al que llega, o dejarse invitar por él, y contarse quiénes son uno y otro, dónde viven, qué les ocurre, en qué momento de su vida están... y luego poder ofrecer los distintos recursos parroquiales o sociales del barrio. Yo a eso nunca lo llamaría «despacho parroquial», ni permitiría en él ningún letrero que prohibiera nada, ni siquiera colgaría de las paredes un horario, sino que lo dejaría con las puertas abiertas y un texto cálido que dijera algo así como: *«Si me necesitas, no dudes en llamarme: eso me dará el privilegio de sentirme tu amigo»*. Y tendría una cestita con caramelos y unas pastitas, y encargaría de realizar la acogida a las personas más cálidas, simpáticas y acogedoras de la parroquia, tras haber hecho el «super-curso» de formación en relación de ayuda y trabajado con todo el grupo de mayores (a base de representaciones) la importancia de saber acoger al que llega, desvalido o necesitado de algo, bien sea espiritual o material.

Estos mayores que se ocuparían de la acogida podrían tener también un local grande donde dar de desayunar o regalar ropa a los necesitados, o instalar mercadillos y otras formas de generar la solidaridad que permitieran a los parroquianos deshacerse de sus excesos de acumulación de cosas. También se podría hacer un grupo de manualidades o labores, que posteriormente podrían venderse con algún fin solidario, de forma que se sientan en colaboración y sintonía con algún proyecto concreto. Otro grupo podría ser un taller de cuentos, que todos narraran y alguien escribiera, para regalárselo posteriormente a sus des-

cendientes. También sería interesante crear un Consejo de Ancianos que visitara los colegios e hiciera mesas redondas con los niños y jóvenes, para hablar de los cambios que han experimentado en la sociedad, contar cuentos, hacer juegos y compartir vida.

Todo cuanto estoy proponiendo, lo hago desde la convicción de que la mayoría de las personas mayores han adquirido una sabiduría vital que es importante utilizar, hacer brotar y compartir. Me gusta a mí eso de que «cuando se muere un anciano, se cierra una biblioteca», pues los ancianos tienen tanto que contar, tanto que compartir, tanto que enseñar... que en muchos casos sólo necesitan que alguien les estimule dándoles las pistas de cómo y dónde hacerlo.

El que no vive para servir no sirve para vivir

Regalarse a los demás es lo más hermoso que puede hacer una persona, pues, al tiempo que la hace sentirse válida e importante y le permite llenar su vida de sentido, puede ser de gran utilidad para alguien concreto, para una familia, para el barrio, la parroquia y la sociedad en general.

Estas personas mayores, debidamente formadas, podrían cuidar enfermos y hacerles visitas, levantarles el ánimo, llevando un termo con café y algo para tomar, o una oración para compartir, o una tertulia para entretenerles... Incluso se podría hacer una especie de «servicio de canguros» para cuidar a los enfermos para que los familiares de éstos pudieran ir al cine o adonde fuera, con el fin de poder y regalarse una tarde de ocio y «desconectar» del problema.

Podría también formarse un grupo que jugara a las cartas con los familiares, o que acompañara a las personas al médico o a realizar todo tipo de gestiones. Teniendo en cuenta que los mayores de hoy se sienten más jóvenes que los mayores de hace años, que hoy hay más calidad de vida y más recursos, algunos mayores eligen vivir únicamente para sí mismos, divertirse y darse caprichos que no pudieron permitirse en su momento; pero hay otros muchos a quienes les brota el deseo de volcarse en los demás, disfrutando con ello y gozando de la amistad. También es algo que se puede contagiar y animar a vivir entre otros mayores.

Tarea pastoral

Aunque estoy mezclando lo pastoral con lo lúdico, lo relacional y lo asistencial, quiero poner un especial énfasis en la tarea pastoral. Creo

que a la misión de transmitir la fe, de compartir la propia experiencia de Dios, es importante darle un espacio en nuestra parroquia soñada. Quizá podrían hacer una oración; un día, animar una homilía participada; otro día, contar en un bautizo por qué bautizaron a sus hijos y qué gozos y temores tienen en cuanto a la fe; orar con un grupito de niños, etc.

Celebrar juntos la unción de los enfermos, invitando a toda la comunidad parroquial, para que niños y adultos aprendan a aceptar la enfermedad. Hacer que todas las personas arropen a los mayores en celebraciones especiales, dejarles hablar en algún funeral, que puedan dar la comunión, preparándose previamente, de forma que lo hagan viva y solemnemente, pero con naturalidad, cercanía y calidez. Que se aprendan los nombres de la gente de la parroquia, para pronunciarlos al dar la comunión; que sean ellos los que hacen la acogida a los sacramentos, pero no porque llegan los primeros para ocupar el mejor sitio, o porque no oyen bien, sino porque les place saludar, conocer a la gente, «hacer barrio» y tejen relaciones.

Hemos de tener en cuenta que en muchas familias son los abuelos los que se ocupan de la transmisión de la fe, los únicos que hablan de Dios, pues los hijos «no tienen tiempo»... o prefieren no hacerlo. Se podría encargar al consejo de ancianos la misión de dar la bienvenida a la catequesis a los niños de primero o a los que hacen la primera comunión; o hablar a los que van a confirmarse; o decir algo a los novios que se van a casar..., pero siempre formándolos previamente para que no se conviertan en los «meapilas» de turno, sabihondos que huelen a cera y que no parecen humanos; que no sean «ratas de sacristía», sino cristianos vivos, más simpáticos y acogedores que nadie, más del barrio que los demás, más conocedores de las personas y su situación que el mejor trabajador social especializado, y con un corazón enormemente misericordioso y actual. (Mientras escribo esto, recuerdo que el otro día, durante el ofertorio, una anciana, con voz parsimoniosa y gris, comenzó a cantar muy fuerte: «Te ofrecemos, Señor, nuestra juventud»..., y la más joven de los que estábamos en misa, era yo, que rondo los sesenta).

Todo lo que propongo puede resultar a «rollo» gris y rutinario, o puede ser algo vivo, dinámico y actual. Insisto repetidas veces en la formación de las personas para que se cree un espacio a la altura de las necesidades de la gente de nuestro tiempo. Algo atractivo, que apetezca tanto como los centros comerciales, actuales catedrales del consumo, visitadas continuamente.

Inventar nuevos caminos

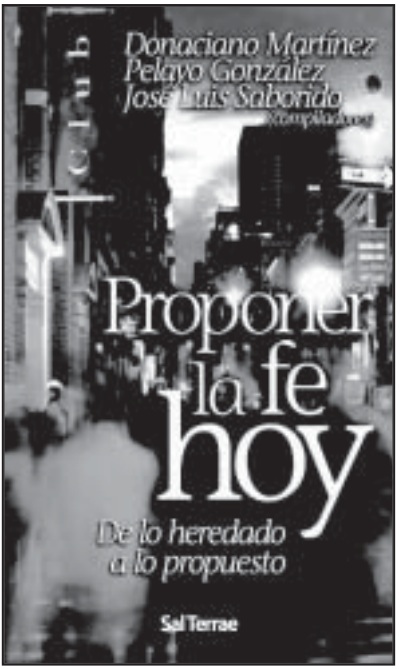
A nuevas preguntas, nuevas respuestas; a nueva forma de vivir, nueva forma de integrar a Dios en nuestra vida. Hemos de ser ingeniosos para crear comunidades parroquiales no envejecidas y «tanatóricas», sino vivas, con la experiencia de quienes sienten a Dios en su interior como un dinamismo creativo y potenciador de lo mejor de la persona. Abramos los oídos al Espíritu y los ojos a los hermanos, especialmente a los alejados, para ver por qué no les sirve el Dios que les hemos contado; por qué no se acercan, no vaya a ser que sin darnos cuenta les hayamos echado como si fuéramos puercoespines cuyos pinchos son el «prohibido...», «no se puede...», «no hagas...», «no rías», «no sueñes», «no goces», «no...», siendo así que lo de Dios es siempre consuelo, es siempre más vida, es siempre apertura, es siempre «sí».

No hay jóvenes en nuestros templos, cuyas celebraciones están llenas (cuando lo están) de gente mayor. Vamos a intentar que sean espacios de vida donde la gente no se entregue al «desespero», sino que junto a Dios descubran que no necesitan rejuvenecer, sino que cada edad tiene su placer y su dolor, y es necesario dejar que fluyan entre nosotros. Pero juntos podemos descubrir la risa diaria, la capacidad de querer al desconocido, de amar aún más a los de siempre, de generar encuentros a nuestro alrededor y, sobre todo, con urgencia máxima, por encima y a pesar de todo, que existen y nos rodean seres oprimidos, tratados con injusticia, y personas infelices a las que podemos tender la mano, caminar juntos y facilitarles la vida.

No quiero «desensoñar» mis sueños... sigo creyendo que es posible celebrar la eucaristía diaria alrededor de una mesa camilla, en igualdad y cercanía, abierta al que llega, intentando que sea lo más parecida a la cena de Jesús con sus amigos; pero que esta comida no la sirvan los jóvenes ni los adultos, que están tan ocupados, sino que la sirvan los ancianos sabios, vividores de lo divino y de lo humano, que tienen tiempo para contarles lo esencial, para hacerles descansar de sus prisas, para sosegarles el alma y llenarles de Dios... Ese Dios al que, por correr tanto, se lo dejan escapar de la vida, y por eso andan un tanto huérfanos, a pesar de tener un Padre que les ama tanto...

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

VARIOS AUTORES
Proponer la fe hoy.
De lo heredado a lo propuesto
224 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €

El desconocimiento del hecho cristiano está cada vez más extendido. La secularización se ha transformado en una auténtica descristianización de la sociedad. Esto afecta de modo especial a la transmisión de la fe y, más en concreto, a la catequesis, hasta el punto de poder afirmar que estamos en plena crisis del modelo que hasta ahora ha podido valernos. Más aún, las mismas posibilidades de transmisión de la fe están hoy absolutamente problematizadas, al haberse roto sus cauces tradicionales, especialmente la familia. Es absolutamente urgente, pues, volver la mirada a nuestra realidad para poder afrontarla sin disimulos y tomar las opciones necesarias.

ST 94 (2006) 211-221

Ancianidad y vida religiosa

Urbano VALERO, SJ*

Como a todos, también a los religiosos y religiosas nos llega la hora de la ancianidad..., a menos que la vida se nos termine antes. Como para los demás, nuestra ancianidad es acumulación de experiencia y madurez, de sentido de lo sustancial y de lo relativo, mezcla de serenidad e inseguridad, de esperanzas y de temores, con el acompañamiento de las múltiples limitaciones, cansancios y fragilidades de diverso tipo que trae consigo. Pero a nosotros en la ancianidad, y quizá también a otros, viéndonos desde fuera y aun desde dentro de la vida religiosa, se nos plantean algunas preguntas particulares, aparentemente muy sencillas de formular. Son básicamente dos, o una sola formulada en doble dirección, a saber: ¿cómo se vive la vida religiosa en la ancianidad?, o, viceversa, ¿cómo se vive la ancianidad en la vida religiosa?

A ellas trataré de responder de algún modo en estas páginas, desde la experiencia que como religioso anciano se me atribuye, desgranando aquellas preguntas en algunas otras. Pero antes quisiera hacer algunas advertencias. La primera es que, si es cierto que todos envejecemos, no lo es menos que cada uno envejece –del mismo modo que cada uno vive– de manera semejante a la de otros, pero también muy distinta y muy propia; cada uno y cada una envejece a su manera. Por eso las generalizaciones en este tema sólo pueden ser bien entendidas si se consideran sólo como aproximaciones a una realidad semejante, pero no idéntica, ni mucho menos, en todos los casos. La segunda advertencia es que, hablando, como voy a hablar, en primera persona del plural, no pretendo hacerme portavoz de nadie ni aparecer como tal; simplemente, trato de expresar así, y con ese sentido de pura aproximación, lo que percibo que nos pasa generalmente a los religiosos y religiosas en la ancianidad y el modo en que la vivimos o, por lo menos,

* Consejero para asuntos jurídicos de la Compañía de Jesús. Roma. <urval@sjcuria.org>.

tratamos de vivirla[1]; pero cada cual es libre de discrepar de cuanto yo pueda decir.

1. Quiénes somos

Empezamos presentándonos. Somos hombres y mujeres con edades comprendidas entre los últimos años 60 de nuestra vida y su final. Muchos llevamos ya medio siglo o más en la vida religiosa. Como en todo el colectivo de ancianos y ancianas, también entre nosotros conviene distinguir, para entendernos mejor, algunos subgrupos, a saber: «ancianos/as jóvenes», todavía en condiciones físicas aceptables, pero ya iniciando la limitación y el declive y deslizándose progresivamente por él; «ancianos/as mayores», con deterioros y limitaciones más perceptibles y marcadas, aunque todavía autónomos y capaces de hacer cosas, y cosas útiles, pero adaptadas a su medida; y «ancianos/as finales», marcados ya fuertemente por el deterioro físico y también, frecuentemente, psico-físico, muy limitados en sus posibilidades y entrando, o entrados ya, en situación de dependencia de otros para las funciones más elementales de la vida.

Entre todos y todas, sumamos, particularmente en nuestros países de la Europa occidental y otros culturalmente semejantes, un número proporcionalmente bastante elevado de personas dentro de nuestros institutos, como parece que nunca lo ha sido. Somos realmente muchos; no hace falta dar números ni estadísticas precisas, porque basta con abrir los ojos para darse cuenta de ello. Eso es ya, por sí mismo, un hecho relevante para nuestros institutos, por muchos conceptos. Pero lo más importante es que, como consecuencia de él, constituimos, aunque no lo queramos, un inevitable factor de envejecimiento global de los mismos. Por nuestra causa, nuestros institutos han envejecido, si bien es verdad que su vida, su vida pujante y su vitalidad, circula afortunadamente por debajo del nivel mínimo de nuestra edad. Nos damos cuenta de que este hecho les plantea un doble problema: por una parte, la necesidad de prevenirlo y compensarlo, para no ver interferida y condicionada su funcionalidad por él; y, por otra, la de colocarnos a nosotros, dentro de ellos, en una situación, no marginal (lo que estamos seguros que nunca sucederá), sino digna y, en la medida de nues-

1. Debo advertir también que mi experiencia y mi relativo conocimiento se limitan al mundo de la vida religiosa apostólica; me es desconocido por completo –y bien que lo siento– el mundo de la vida religiosa contemplativa y monacal.

tras posibilidades, también participativa, fecunda y fructuosa, en la que no sofoquemos ni coartemos su vitalidad y creatividad, sino que, por el contrario, en cuanto de nosotros dependa y en la forma que nos corresponda, podamos contribuir positivamente a ellas. Pensamos que con paciencia, con imaginación y con generosidad de parte de todos, que ciertamente abundan, podemos lograrlo. De parte nuestra, creemos estar no sólo dispuestos a ello, sino también deseosos de hacerlo, y en ningún caso queremos estorbar.

Somos hombres y mujeres no sólo mayores, sino «de otra generación». Esto es obvio, y sucede en todos los ámbitos de la vida en que conviven jóvenes y mayores. Ello hace que seamos y, aun dentro de un fuerte sentido de pertenencia común vivida muy gozosamente, nos sintamos distintos de las generaciones que vienen detrás de nosotros; distintos en lenguajes, en costumbres, en sensibilidades, en valoraciones, en talantes... e incluso en expresiones significativas del modo de vivir nuestra común vocación y proyecto. Es un hecho enteramente normal, y como tal lo acogemos; aunque quisiéramos, no podríamos evitarlo. Quizá en este momento las distancias entre generaciones, en general y en nuestro ámbito, son mayores de lo que fueron en el pasado, precisamente en nuestro pasado; y ello nos hace más difícil tender puentes intergeneracionales entre nosotros. No es fácil hacerlo entre «posmodernos», que son unos, y «premodernos», que somos otros, con todo lo que esto significa vital y culturalmente. Además, el hecho de que generalmente la formación de las generaciones jóvenes se haya desarrollado y se esté desarrollando en nuestros institutos localmente separada del resto de la vida de éstos y sin mucha interrelación con el conjunto, no facilita esa labor. En realidad, aunque nos estimamos y nos queremos, no hay mucho intercambio generacional entre nosotros. Pero también aquí, superando encasillamientos previos, temores e interrogantes, y poniendo todos en el empeño lo mejor de nosotros mismos, podemos llegar a lugares de encuentro, no superficial y de conveniencia, sino profundo y sustancioso, en los que nos hallemos todos en casa, en nuestra propia casa, que es de todos.

Pero esta «otra generación», la nuestra, tiene una historia y un signo y sino peculiares, que conviene conocer, al menos por referencia, para saber quiénes somos y para facilitar el encuentro en profundidad con quienes vienen detrás. Nosotros somos la llamada «generación del cambio», porque a nosotros, en nuestra vida en general y en la vida religiosa en particular, se nos cambiaron muchas cosas, y nosotros mismos cambiamos también muchas. Cuando llegábamos al altiplano de

nuestra vida y comenzábamos, muchos un poco tardíamente, nuestra vida religiosa adulta, hace justo ahora cuarenta años, el Concilio Vaticano II nos dijo, en presente, describiendo la *Situación del hombre en el mundo de hoy,* cosas entonces tan sorprendentes como éstas: «El género humano se halla hoy en un *período nuevo* de su historia, caracterizado por *cambios profundos y acelerados* que progresivamente se extienden al mundo entero. [...] Tan es así, que se puede ya hablar de una verdadera *metamorfosis social y cultural, que repercute también en la vida religiosa.* Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades». Y también: «La humanidad pasa así, *de una concepción más bien estática de la realidad, a otra más dinámica y evolutiva,* de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis». Nos dijo también, como no podía ser menos, algo muy fundamental para esa situación: que «bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer y hoy y para siempre»[2]. Algunos, los más lúcidos e ilustrados, entendieron rápidamente lo que el Concilio quería decir; otros lo fuimos entendiendo poco a poco y a trompicones. El hecho era que la sociedad en la que estábamos sumergidos se encontraba en una situación enteramente nueva y rápidamente cambiante; que la Iglesia entera, en el Concilio, quiso entrar de lleno, bajo el soplo vigoroso y la guía del Espíritu, en un proceso de profunda renovación de sí misma, radicándose firmemente en lo permanente, pero abierta a discernir y asumir el cambio y sus exigencias; y que, finalmente, la vida religiosa, en ese proceso de cambio social y eclesial y por imperativo de la misma Iglesia, quedaba confrontada al desafío y a la tarea de lo que entonces se llamó la «renovación acomodada». En ella, distinguiendo entre lo permanente y lo cambiante, lo válido y lo caduco, el carisma original y sus sucesivas expresiones históricas más o menos logradas y congruentes con él, se nos llamaba a diseñar *un nuevo modelo de vida religiosa,* más acorde con la nueva situación del mundo y con la imagen que la Iglesia, en obediencia al Espíritu, quería proyectar de sí misma. Y así, entramos muchos y muchas, si no todos y todas, con mayor o menor acierto y con mejor o peor fortuna, en un proceso de cambio muy profundo en nuestra propia vida religiosa. Tuvimos que aprender lenguajes nuevos y adquirir criterios y sensibilidades nuevas, adoptar

2. Constitución *Gaudium et Spes,* nn. 4, 5 y 10. (Las cursivas son mías).

distintos modos de proceder, dejando costumbres y querencias anteriores que nos parecían sustanciales y sagradas, diseñar y poner en pie nuevas estructuras –«estructuras» era entonces una palabra nueva, que sonaba fuertemente– y tomar opciones nuevas. Por supuesto, todo ello en fidelidad irrenunciable a lo esencial y permanente. Así nos orientaba en la operación el mismo Concilio[3]. El proceso del cambio no fue fácil ni indoloro. Todos, más o menos, aun tratando de buscar el camino justo, en no pocos momentos anduvimos inevitablemente muchos tramos del mismo a oscuras y a tientas, y nos despistamos y cometimos errores. Y aunque el resultado final (que nunca llega a ser tal, porque sigue siempre inacabado), al cabo de los años, pueda considerarse en general como positivo[4] –gracias a la perseverancia fiel, humilde y a la vez audaz de quienes nos esforzábamos en caminar buscando la luz con sinceridad y corazón puro y, sobre todo, a la compañía del Dios fiel, que nunca nos faltó–, los costos fueron elevados y dolorosos: profundas desazones personales y comunitarias, vacilaciones y zozobras interiores, divisiones y enfrentamientos, calificaciones, descalificacio-

3. El decreto *Perfectae Caritatis,* n. 2, daba los siguientes principios orientadores: fidelidad al Evangelio, como regla suprema; mantenimiento fiel del espíritu y propósito propios de los fundadores y las sanas tradiciones, como patrimonio de cada instituto; participación en la vida de la Iglesia y en sus empresas y propósitos; conveniente conocimiento de la situación de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, para ayudar más eficazmente a los hombres; fomento de la renovación espiritual, a la que hay que conceder siempre el primer lugar en la promoción de las obras externas. Poco después, con el «motu proprio» *Ecclesiae Sanctae,* de Pablo VI, de 6 de agosto de 1966, vinieron, como prometía el Concilio, normas más concretas, sorprendentemente generosas y audaces en aquel momento, para llevar a cabo la «renovación acomodada», de la que, por cierto, este mismo documento (n. 19) terminaba diciendo que «no puede ser realizada de una vez para siempre, sino que ha de ser fomentada de una forma continuada mediante el fervor de los religiosos y la solicitud de los Capítulos y de los Superiores».
4. Es el mismo Juan Pablo II quien, en su Exhortación postsinodal *Vita consecrata,* de 25 de marzo de 1996, nos dice: «En estos años de renovación la vida consagrada ha atravesado, como también otras formas de vida en la Iglesia, un período delicado y duro. Ha sido un tiempo rico en experiencias, proyectos y propuestas innovadoras encaminadas a reforzar la profesión de los consejos evangélicos. Pero ha sido también un período no exento de tensiones y pruebas, en el que experiencias, incluso siendo generosas, no siempre se han visto coronadas por resultados positivos. Las dificultades no deben, sin embargo, inducir al desánimo. Es preciso comprometerse más bien con nuevo ímpetu, porque la Iglesia necesita la aportación espiritual y apostólica de una vida consagrada renovada y fortalecida» (n. 13).

nes y sospechas mutuas... y –lo más trágico– una hemorragia imparable de abandonos por parte de personas, no pocas, muy valiosas, que muy bien podrían estar ahora con nosotros tratando de dar testimonio de la presencia salvadora del Señor en nuestra historia. Cuando, poco a poco, la tempestad fue amainando –«hombres [y mujeres] de poca fe, ¿por qué tuvisteis miedo?» (cf. Mt 8,26)– y el cielo se fue abriendo, pudimos entrever una vida religiosa renovada o, cuando menos, en vías de renovación, que se nos presentaba más ágil y sensible al Espíritu, más centrada en lo sustancial, más humana y fraterna, menos rígida y normada, más participativa, creadora y fecunda, más sensible a las nuevas necesidades del mundo, y así más lista para servir a la causa del Reino de Dios en la tierra. A este proceso, que como generación hemos vivido, nos referimos cuando decimos que somos la «generación del cambio» en la vida religiosa. Pasando por él, a nosotros nos ha tocado nacer dos veces a ella y aprender dos veces a vivirla[5]. A pesar de ello, no nos parece sentir que se produjera interiormente en nosotros una ruptura en la vivencia de nuestra vida religiosa, sino un proceso de descubrimiento y crecimiento –esta vez, eso sí, acelerado y para muchos improvisado– de lo mejor de ella, vivido con profundo sentido de continuidad, cada cual según su propio carisma. El arraigo sincero y hondo, convencido pero no obstinado, en lo antiguo que aprendimos inicialmente, nos dio una base firme y nos permitió acoger a partir de ello, con gozo y esperanza, aunque no sin dificultad, lo nuevo que inesperadamente Dios nos ofrecía. Y aquí estamos ahora, los y las de la «generación del cambio», a nuestros setenta y más años, mirando y caminando esperanzadamente hacia delante y tratando de compartir con quienes vienen detrás lo que hemos aprendido y vivido.

2. Qué hacemos

Dicho con un cierto humor y sin resabio alguno de resignación ni rencor, cada cual hace lo que puede... y mientras puede. Tenemos que evitar dos extremos: por una parte, aferrarnos a lo que antes habíamos venido haciendo, posiblemente muy bien, con competencia y acierto, pero de lo que ya no somos capaces, al menos con la calidad debida y con

5. Describe muy bella y certeramente este proceso, referido a su Congregación, pero con apreciaciones y consideraciones aplicables más allá, Sean D. Sammon, «Carta de un Superior General a los Hermanos mayores», publicada en la revista *Manresa* 77 (2005), pp. 275-287.

el grado de responsabilidad con que veníamos haciéndolo; y, por otra, replegarnos antes de tiempo y sin necesidad sobre nosotros mismos, por inseguridades y temores o por indolencia, en una inactividad estéril y nociva que nos aísla y nos encierra, agravando indebidamente nuestra situación. Sin creernos ya necesarios, al menos como podíamos haberlo sido antes (que, a lo mejor, tampoco lo fuimos tanto), es bueno que vivamos, mientras podamos, con proyecto y con actividad; pero una actividad acomodada a las posibilidades y habilidades presentes de cada uno. Es éste un punto importante para nosotros y en el que necesitamos acertar; y para ello precisamos del discernimiento propio y también de la ayuda y el consejo de nuestros Superiores y Superioras y de nuestros hermanos y hermanas; deber suyo es proporcionárnoslo, y deber nuestro acoger sus indicaciones con apertura y docilidad... y con agradecimiento.

Es también muy importante aquí, aunque nada fácil, no medirnos –ni que nos midan– por lo que podemos o no podemos hacer, sino por lo que somos capaces de vivir y por el modo de hacerlo. En lo primero hay que contar con los límites que inevitablemente sobrevienen, y tratar de asumirlos en paz; pero en lo segundo podemos todavía descubrir, a nuestras edades, veredas nuevas que nos abran a horizontes insospechados, tanto en lo humano como en lo espiritual. Podríamos explorarlo con prudencia y con sentido y, siempre mejor, con la ayuda de alguien que nos aconseje bien. (Por ejemplo, se podría sugerir a los y las mayores en la vida religiosa, especialmente a quienes han tenido que vivir muy absorbidos o absorbidas por sus ocupaciones, que traten de explorar el valor y el gozo de la servicialidad gratuita y gozosa a cuanto se les pueda pedir, dando alegremente preferencia a las necesidades y deseos ajenos sobre la propia agenda; podrían sorprenderse por algún tesoro escondido con el que, a lo mejor, se encontrarían).

Esto supuesto, nuestras actividades son muy variadas. Hay algunos y algunas que, en su edad avanzada, todavía siguen siendo Superiores y Superioras de sus comunidades. En otra época, probablemente ya no lo habrían sido, pero ahora la escasez de personas obliga a veces a ello[6]. Otros y otras desempeñan ampliamente tareas domésticas, indispensables en las comunidades.

---

6. No es generalmente la solución ideal; pero también es verdad que la sabiduría de vida acumulada y el sentido maduro de paternidad y maternidad espiritual puede ayudarles a prestar un servicio beneficioso a las comunidades, por lo menos a algunos tipos de ellas; pero hay que cuidar de que, de padres y madres,

A nuestras edades, es posible a veces prestar buenos servicios de consejo y de apoyo personal o de pura escucha interesada-desinteresada, aun a personas más jóvenes (tan ansiada, por otra parte, por mucha gente y para la que no tienen tiempo otros y otras con ocupaciones más apremiantes), sin más compromiso, mientras las fuerzas y, sobre todo, la mente lo permitan.

Quizá la situación más favorable, en cuanto al quehacer, es la de aquellos y aquellas que pueden continuar, a un ritmo distinto y también con una carga de responsabilidad más leve (o sin ninguna responsabilidad), las actividades que habían venido realizando en períodos anteriores de su vida, ya sea escribiendo, ya sea con actividades pastorales más leves de diverso tipo: visitas a enfermos en hospitales y a domicilio, visitas a cárceles, ayuda a inmigrantes... y cosas semejantes acomodadas a sus posibilidades.

Hay también entre nosotros quienes prestan su colaboración voluntaria en alguna de las muchas instituciones que hoy se benefician del voluntariado, aunque no sean de carácter explícitamente religioso.

Y aunque, generalmente, no es fácil hacerse en la ancianidad con tareas y actividades nuevas, no desarrolladas antes, a veces se da el caso, curiosamente, de que algunos y algunas encuentran entonces *su* tarea, la que a lo mejor han estado buscando durante años y años sin encontrarla.

Lo que ciertamente deseamos los ancianos y ancianas en la vida religiosa es que nuestras actividades, las que podamos hacer, pequeñas e irrelevantes como son, no sean consideradas quehaceres y entretenimientos, o incluso caprichos, *nuestros,* pensados, buscados y desarrollados principalmente en beneficio propio, y quizá sólo por nosotros mismos; sino que, aun siendo menores y aparentemente de escaso valor, y sólo de apoyo a otras más sustanciales de otros, sean consideradas como realmente integrantes del desarrollo de la misión apostólica de nuestros institutos y, como tales, nos sean encomendadas. Tampoco ahora, y menos que nunca –y menos aún por conmiseración– queremos ser francotiradores en la misión, como trabajadores autónomos.

La ancianidad no es ni debe ser, como ninguna fase de la vida, tiempo de ociosidad; pero sí puede e incluso debe ser tiempo de un sano y bien aprovechado ocio, en algún modo merecido. Aquí encuentran

---

no se vayan convirtiendo en abuelos y abuelas, que tienen otra función en la vida, ciertamente preciosa, pero distinta.

su lugar las buenas aficiones (lectura, música, habilidades de todo género, navegar por la red, ejercicio físico...) y los deseos o proyectos que uno ha tenido en la vida y a los que no ha podido dedicarse antes, y para los que ahora hay tiempo y espacio. Aquí tiene también su lugar privilegiado la posibilidad de dedicar tiempos más largos y, sobre todo, más sosegados, gratuitos y espontáneos a la oración de todo tipo y género y al trato directo con Dios, sin objeto especial, sino simplemente hablando con Él como un amigo habla con otro amigo de tantas cosas como, al caer de la vida, hay que hablar.

Queda todavía en este apartado una grave pregunta por formular y por responder, a saber: ¿qué podrían hacer quienes no pueden ya hacer nada o casi nada? ¿Qué harían? Pues... lo dicho: nada o casi nada; solamente, con las fuerzas que el Señor les dé o les vaya dejando, ofrecer silenciosamente sus sufrimientos y su progresivo agotamiento por el bien de la humanidad, de la Iglesia y de sus institutos, y por todos los hombres y mujeres del mundo, por los niños y niñas que son su futuro; creer, esperar y amar; dejar, callada y pacientemente, que Él venga y les vaya desvelando su rostro, el que han estado buscando toda su vida y están a punto de contemplar cara a cara sin nubes ni oscuridad. ¡Nada o casi nada! En realidad, ¿se puede hacer y desear más?

3. Cómo nos sentimos

Sabemos que nos acechan algunos peligros o «malas compañías» que pueden hacer que no nos sintamos bien. Ya Qohélet se refería al tiempo de la ancianidad como «los años en que dirás: “No les saco gusto”» (Ecl 12,1). Eso es, efectivamente, algo de lo que nos puede pasar en la ancianidad también a los religiosos y religiosas: que perdamos el gusto –o por lo menos gusto– de vivir. La pérdida de energías vitales trae consigo, inevitablemente, una baja del tono, con laxitud y desgana. Se puede llegar a sentir cansancio, desilusión y aun hastío de la vida: el clásico *taedium vitae* del que hablaban ya los antiguos. Tenemos que estar atentos a ello. Y tenemos que saber defendernos adecuadamente, manteniendo despierto nuestro interés por las cosas, las de ahora; forjando y renovando continuamente un proyecto de vida y de actividad; fomentando las relaciones con los demás, incluso las que nos posibilita virtualmente la informática; regularizando nuestros horarios, sin dejarnos llevar por la gana o la desgana del día y del momento; combinando adecuadamente trabajo y descanso; cuidando de nuestro estado físico y también de nuestro aliño exterior.

Unido al anterior, nos acecha también el peligro de abandonarnos morosamente a la nostalgia del pasado. No al recuerdo estimulante y constructivo y a la legítima satisfacción –¿por qué no?– de lo bueno que se ha vivido y se ha logrado hacer, sino al recuerdo melancólico y morboso de lo que pasó y no volverá, como una fuente de frustración que seca la alegría del presente y puede llegar a intoxicar el sentido mismo de la vida. No podemos concedernos este engañoso y malsano placer. Lo vivido, vivido está y ya pasó, dejando una huella beneficiosa –sea la que sea– para nosotros y para otros, de la que podemos y debemos sentirnos profundamente contentos y orgullosos. Lo que ahora cuenta es lo que estamos viviendo y lo queda por vivir, que sin duda puede depararnos nuevas satisfacciones dentro de los límites de nuestra vida, y más si, como es verdad, «esperamos la promesa dichosa y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y de nuestro Salvador Jesucristo» (Tit 2,13-14). Porque éste es, definitivamente, nuestro horizonte real, que conjura toda nostalgia enervante y proyecta con ilusión nuestra ancianidad hacia lo por venir.

Peor enemigo y peor compañía sería el resentimiento y la amargura acumulada por algo del pasado: por desaires o menosprecios percibidos; por reales injusticias sufridas; por fracasos en nuestros proyectos; por nuestra cortedad en la respuesta a la llamada recibida; por la mediocridad y ramplonería de nuestra vida e incluso por nuestras infidelidades. Si algo de esto nos sucede –y puede sucedernos–, no cerremos puertas y ventanas; dejemos que entren la luz y el aire puro. Y, sobre todo, dejemos que entre Dios y, junto con Él, atrevámonos a mirarnos como Él nos mira, con sus ojos y con su corazón, Él, el Dios misericordioso, el Dios tierno y compasivo, el que venda y cura nuestras heridas y llena de alegría nuestra vida, lo mismo nuestra juventud que nuestra ancianidad. «Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra?» (Rm 8,31). Si Dios nos reconcilia y nos quiere, ¿quién o qué puede culpabilizarnos? Si logramos hacer esto solos, aunque nos cueste tiempo, paciencia, lágrimas y perseverancia, bendeciremos desde lo hondo de nuestro ser a Dios, que nos ha hecho y nos ha llamado finalmente «hijos»; si no lo logramos solos o solas, pediremos humildemente ayuda a quien nos la pueda dar.

Pero éstas son sólo precauciones que debemos tomar en serio. Afortunadamente, la realidad dominante en nuestras vidas es otra. A pesar de limitaciones, cansancios e impotencias en aumento, podemos sentirnos, y fundamentalmente nos sentimos, en paz, confiados, ale-

gres y agradecidos. Así lo expresan muchos ancianos y ancianas en nuestras comunidades de mayores.

En paz. Reconciliados, por su misericordia, con Dios y vueltos a reconciliar con Él cada día (no sólo de nuestras culpas propiamente tales, sino también de nuestros inconfesados descontentos e inconformidades), a esta altura de la vida normalmente estamos también reconciliados y en paz con nosotros mismos y con los demás. Con nuestras propias limitaciones y errores, con lo que tal vez querríamos haber sido y hecho, sin lograrlo. No es que podamos decir, ni de lejos: «Todo está cumplido» (Jn 19,30), pero al menos podemos decir con verdad y con serenidad, aunque sea con una cierta sana benevolencia para con nosotros mismos, gracias en definitiva a Dios: «Así está bien». Y esto basta para poder ir marchándonos en paz. También con los demás; porque ya no es hora de intereses personales ni de competiciones o conflictos, y se siente como muy verdadero y pacificante el que, finalmente, la única cuenta pendiente ya entre nosotros es «la del amor mutuo» (Rm 13,8).

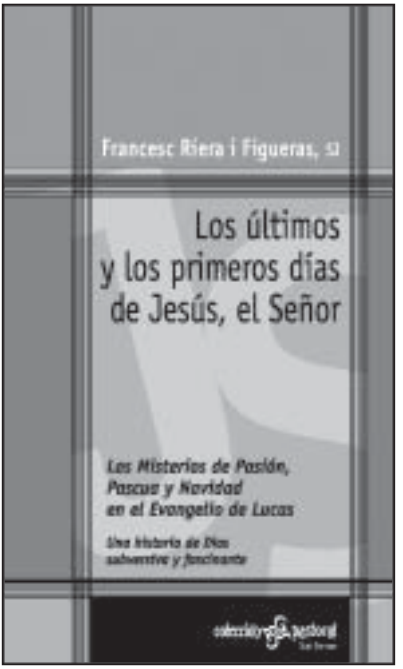
Confiados y sin temor... de un modo muy particular, propio de este momento. Si, en fases anteriores de la vida, la confianza necesaria para vivirla podía haber significado un «cheque en blanco» extendido a Dios, primero, y después a nosotros mismos y a los demás, ahora se ve que este cheque ha ido siendo honrado poco a poco por todos aquellos a cuyo favor lo extendimos. Nuestra confianza ahora no se basa sólo en promesas que se habrían de cumplir y se seguirán cumpliendo, sino, en buena medida, en promesas ya cumplidas. Esta experiencia ratifica y fortifica ahora nuestra confianza; por experiencia, sabemos «de quién me he fiado» (2 Tm 1,12).

Alegres y agradecidos por lo que ha significado nuestra vida. Dentro de su normalidad, sencillez e inapariencia, y dentro incluso de los temores y zozobras posiblemente pasadas, nuestra vida en su conjunto ha sido una experiencia fascinante que nunca podríamos haber sospechado. Sentimos que verdaderamente «El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (Sal 126,3). También en nosotros, en la medida en que le plugo según su beneplácito, «hizo el Señor maravillas» (Lc 1,49), por lo que ya desde ahora empezamos a «cantar para siempre sus misericordias» (Sal 88,2).

Así, aunque quedarían muchas cosas por decir, la última palabra para los y las mayores en la vida religiosa podría ser ésta: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca» (Flp 4,4-5).

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

FRANCESC RIERA

Los últimos y los primeros días de Jesús, el Señor

Los misterios de Pasión, Pascua y Navidad en el Evangelio de Lucas

192 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

El Evangelio de Lucas es *una historia de Dios subversiva y fascinante.* Los *primeros días* del Señor no son los de su infancia, sino los de su Resurrección, en que Dios le constituye Señor y Cristo y le hace sentarse a su derecha, constituido en la Misericordia de Dios. Es el «primer día» de la Creación, en que todo renace, todo es recreado..., y desde donde Lucas ha escrito su Evangelio. La *infancia es lo último* de todo. El catequista sintetiza todo lo que hay después de la experiencia pascual. Cuando ya sabe y ha meditado mil veces el «misterio» del Señor Jesús, entonces podrá permitirse el lujo de mirar atrás y descubrir que en el «principio» ya estaba presente el «final».

ST 94 (2006) 223-227

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Una lectura comprometida de la encíclica «Deus caritas est»

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla SJ

Dedicamos el «Rincón de la solidaridad» de este mes a compartir algunas reflexiones a propósito de la encíclica *Deus caritas est,* recientemente publicada por el papa Benedicto XVI. Porque, así como Santa Teresa de Jesús avisaba que «recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración» (*Fundaciones* 5, 16), de igual modo sería contraproducente que la solidaridad quedase relegada a los rincones de nuestra revista, de nuestra Iglesia o de nuestro mundo. Pero, gracias a Dios, podemos encontrar la huella de la solidaridad en el corazón mismo de la primera encíclica de Benedicto XVI.

No pretendemos en estas páginas hacer una presentación de su contenido ni un análisis minucioso del mismo. Simplemente, queremos ofrecer algunas *reflexiones comprometidas.* Comprometidas con la encíclica, como creyentes católicos que somos, y, por lo mismo, comprometidas con las personas y grupos empobrecidos, como implicados en el apostolado social.

Conviene recordar que la encíclica se divide en dos partes bien diferenciadas: una primera más especulativa, dedicada a clarificar el significado cristiano del amor, y una segunda más concreta, orientada a la praxis eclesial del amor al prójimo. Lógicamente, insistiremos en el contenido de esta segunda parte, pero sin olvidar la unidad de un texto que unitariamente busca «suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino» (n. 1).

Los comentaristas de la encíclica han destacado la finura del análisis inicial entre *eros* y *agapé,* así como el hecho de que Benedicto XVI haya abandonado las posturas simplistas, timoratas o moralizantes que parecen dominar ciertos discursos eclesiásticos. Desde aquí, escuchamos su advertencia: «El *eros,* degradado a puro "sexo", se convierte en mercancía, en simple "objeto" que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía» (n. 5). La crítica no sólo se refiere a la explotación que sufren las mujeres prostituidas, sino que incluye otros tipos de violencia de género, abusos de menores y vejaciones sexuales a personas detenidas, así como la degradación cotidiana que vemos en los anuncios por palabras de la prensa diaria. En todas estas situaciones, los cristianos debemos escuchar el clamor de los oprimidos que claman al cielo.

Uno de los aspectos nucleares de la encíclica se refiere a la *centralidad del amor* y sus ineludibles implicaciones sociales. Ya en la primera parte, al hablar de la eucaristía, el Papa recuerda que «la "mística" del Sacramento tiene un carácter social», y afirma con contundencia que «una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma» (n. 14). Por ello no es de extrañar que se proclame que el amor social es tarea de la Iglesia, no como servicio optativo de unos pocos, sino «en todas sus dimensiones» y con carácter estructurado (n. 20; cf. nn. 23-24). Se insiste en que estamos ante un principio eclesial que «pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia» (n. 25). Dicho de otro modo, al tratarse de un *elemento esencial,* si faltase el compromiso socio-caritativo en la Iglesia, ésta perdería su identidad. Se trata de un «cometido intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis» (n. 32), del que, por tanto, nadie puede hacer dejación. En estos tiempos, en que tantas personas parecen centrar su atención en minucias litúrgicas, quizá sea bueno preocuparnos de que todos en la Iglesia nos dediquemos a algo tan esencial como el ejercicio de la caridad socio-política.

Las relaciones entre *justicia y caridad* constituyen otro de los «temas estrella» de la encíclica. Pero antes de abordar los textos en que esta cuestión se trata de modo explícito, conviene recordar que, ya en la primera parte, el Papa había concluido que «*eros* y *agapé* –amor ascendente y amor descendente– nunca llegan a separarse del todo. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general» (n. 7). Dado que en este mismo número se usa «*eros* como término para el amor "mundano", y *agapé* como de-

nominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella» (n. 7)*, no parece excesivo extrapolar esta conclusión a las relaciones entre justicia (amor mundano y ascendente) y caridad (amor creyente y descendente). Nos parece que se trata de una interpretación legítima, sugerente y coherente con el propio texto.

Algunos observadores han señalado que, en el número 28 de *Deus caritas est,* la afirmación «la sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política» parecería defender una escisión entre ambas esferas, aunque en el mismo lugar se lee que ambas están «siempre en relación recíproca» y que necesariamente «política y fe se encuentran». Parece claro que la preocupación del Benedicto XVI es frenar las tendencias teocráticas o las intromisiones de la jerarquía eclesiástica en la política concreta de cada Estado, que lógicamente tiene una legítima autonomía que la encíclica reafirma en este mismo número. Algunas de estas situaciones no son ajenas a nuestro contexto cercano y reciente. Con todo, la encíclica dice simultáneamente que «el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política», y que «el deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos» (n. 29). Esta doble afirmación apunta a la necesaria distinción entre la acción pública de los fieles cristianos, por un lado, y la misión de la Iglesia en cuanto tal, por otro. Pero, dado que los laicos obviamente son la Iglesia, esta distinción no es una escisión.

Debemos volver al tema de la *justicia* para subrayar cuatro afirmaciones de importancia. Primero, la encíclica señala con firmeza, citando a San Agustín, que «un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones» (n. 28). No es una frase hueca, y tanto los dirigentes políticos como los funcionarios de la administración pública (cristianos o no) deberían tomar nota. En segundo lugar, y ahondando en esta misma idea, se dice que «la justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política» (n. 28). En un mundo como el nuestro, marcado por una injusticia estructural que genera tantas víctimas, la observación del Papa supone un aviso de consecuencias muy graves, si lo tomamos en serio. En tercer

* Recuérdese el número 10 de la encíclica, donde, al hablar del profeta Oseas, se afirma que el amor apasionado de Dios («el *eros* de Dios para con el hombre es a la vez *agapé*») reconcilia la justicia y el amor.

lugar, la encíclica reconoce que hay una parte de verdad en la crítica marxista a la utilización de las obras de caridad para justificar, reforzar y mantener una estructura social injusta (n. 26). Afirma también que este análisis contiene errores y es incompleto, sobre todo si conduce a una visión materialista o deshumaniza a la persona subordinándola al ideal revolucionario (nn. 28. 31). Finalmente, Benedicto XVI explicita que, con las revoluciones industriales del siglo XIX, «el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo» (n. 27). Aunque no desarrolla este punto, se hace evidente que, desde entonces, la acción socio-caritativa de la Iglesia debe asumir necesariamente la cuestión de la transformación estructural y política de la sociedad.

En este contexto cobran sentido las afirmaciones que reconocen la necesidad de una «actividad organizada de los creyentes» (n. 29), superando la atención meramente individual. En nuestro mundo es claro que «la solidaridad expresada por la sociedad civil supera de manera notable a la realizada por las personas individualmente» (n. 30). Si bien es cierto que en ocasiones la encíclica indica que «la caridad cristiana es, ante todo y simplemente, la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (n. 31) o «una entrañable atención personal» (n. 28), estas expresiones deben leerse a la luz de lo anteriormente dicho.

Del mismo modo, Benedicto XVI subraya la necesaria *complementariedad* entre lo que en los contextos de exclusión social solemos llamar «lo afectivo y lo efectivo», o «la calidad y la calidez». En un párrafo que debe aplicarse tanto a los profesionales contratados como a los voluntarios, leemos: «Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, aunque ésta por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial» (n. 31). Nos parece que sería un error dar por supuesto, de un modo precipitado, el rigor técnico de nuestro servicio y nuestra intervención y, así, aplicar este texto únicamente a los llamados profesionales, como si sólo necesitásemos recordar la importancia de la calidez, olvidando la imprescindible calidad. Unos y otros necesitamos tanta «preparación profesional» como «formación del corazón» (n. 31).

Entramos así en el último aspecto de nuestro comentario, referido a la *espiritualidad.* La persona que vive la acción socio-caritativa desde el servicio auténtico sabe que «para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo» (n. 34). Sabe tam-

bién que esta radical autodonación supone «un modo de servir que hace humilde al que sirve» (n. 35). Los cristianos reconocemos la fuente de esta acción en el amor radical de Cristo crucificado (n. 12) y sabemos, por lo tanto, que debemos cultivar «un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo» (n. 34). Aunque es posible que, en medio de las desgarradoras situaciones de injusticia y exclusión social, sintamos la tentación del activismo o del secularismo, reconocemos la importancia de la oración personal (n. 37). Los cristianos comprometidos con los empobrecidos desde su fibra contemplativa y su audacia profética, «aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros» (n. 38). Esto es lo que experimentamos y cultivamos cotidianamente en la oración personal y en la liturgia comunitaria.

Terminamos ya, agradecidos al papa Benedicto XVI por esta carta encíclica. En nuestra «lectura comprometida» hemos podido destacar algunos de los rasgos que nos parecen sobresalientes desde la acción social. Es posible que algunos lectores echen en falta expresiones habituales en los escritos de Juan Pablo II, como «opción preferencial por los pobres» (*Tertio millenio adveniente*), «primacía de los trabajadores en su conflicto con el capital» (*Laborem exercens*), «solidaridad política» (*Christifideles laici*), «transformación de la sociedad» (*Reconciliatio et poenitentia*), «globalización de la solidaridad frente a las estructuras de pecado» (*Sollicitudo rei socialis*), «exclusión social provocada por el capitalismo globalizado» (*Centesimus annus*) o «imaginación de la caridad» (*Novo millenio inneunte*). Ahora bien, debemos recordar que estos elementos forman ya parte del acervo de la Doctrina Social de la Iglesia, y que es en el seno del desarrollo armónico de la doctrina católica donde se deben potenciar las lecturas comprometidas de los nuevos textos.

castilla JESUITAS

Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

AMADO RAMÍREZ VILLAFÁÑEZ
Vivir lo cotidiano
256 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €

He aquí un libro paradójico y un tanto «zen», porque nace en medio del ruido del silencio e invita a meditar empapándose de vida. Lo más frecuente es el bullicio de bocas y gargantas que hablan a la vez, en competencia exaltada, desde el grito y la queja. A menudo en busca de un protagonismo histérico de seres impacientes que confunden «habitar» con «hacer». Por eso necesitamos maestros, testigos, que nos enseñen a observar la naturaleza para percibir en ella que cada particularidad se concentra en su fluidez. Y así vencer obstáculos; nacer, crecer, vivir y morir sin el espantoso estruendo de lo ruidoso que nos impide percibir lo que somos.

ST 94 (2006) 229-243

DIÁLOGOS URGENTES

3.
La educación y sus diálogos...

Antonio ALLENDE FELGUEROSO, SJ*
Sergio GÓMEZ PARRA**

Así, de entrada, y con la historia de estos treinta últimos años al fondo, la asociación de las palabras «educación» y «diálogo» evoca más el chirrido que la armonía. No se trata de una sinestesia atrevida, puramente poética, sino que tiene su fundamento *in re.* Los hechos y las estadísticas –un tanto pobretonas éstas en lo tocante al mundo de la educación en España– apuntan, desde su parvedad, a una dificultad endémica para el diálogo sobre la educación entre los que parecen sus interlocutores por excelencia: gobiernos de turno – sociedad (instituciones, organizaciones...), padres – profesores, profesores – alumnos.

Hechos son que las tres grandes leyes que jalonan la historia de estos treinta años –LOGSE, LOCE y LOE– han sido, lisa y llanamente (con algunas matizaciones, quizá, en el caso de la LOGSE), leyes de gobiernos que pretenden arrimar el ascua de la educación a la sardina de su ideología política. Las «consultas» a la sociedad y a sus «interlocutores válidos» –cuando han existido y se han planteado como tales– por parte de dichos gobiernos, a la hora de afrontar cambios o nuevas leyes en educación, no han pasado del puro cumplimiento formal con un requisito democrático, pero vaciado hasta la caricatura cuando hemos visto su traducción a la realidad. Pensemos –la cercanía temporal nos

* Director del colegio «Santa María del Mar». A Coruña. <aallende@santamariadelmar.org>.
** Profesor del colegio «Santa María del Mar». A Coruña. <sergio.gomez@jesgalicia.org>.

lo hace más fácil– en la primera etapa del proceso seguido en la elaboración de la LOE: una propuesta de diálogo nacional (consulta-debate) despachada en cuatro meses y con un formato de 167 páginas al alcance únicamente de partidos políticos, instituciones, asociaciones... suficientemente *ilustrados*. ¿Cuántos españoles se leyeron ese Anteproyecto de ley?

Tampoco los hechos ni las estadísticas –tan pobres también en este punto– nos ofrecen muchos datos para el optimismo en lo tocante a los diálogos de los protagonistas de la educación en las distancias cortas: padres-profesores (escuela) y profesores-alumnos. Las expectativas despertadas hace dieciséis años por la LOGSE con la creación de las «Asociaciones de Padres» y los «Consejos Escolares» como vehículos de participación más directa en la vida escolar, se convirtieron en bocados fáciles para la voracidad de los partidos políticos ante la ausencia de organizaciones democráticas ciudadanas de padres adecuadamente preparadas para defender sin sectarismos la mejor educación para sus hijos; o, más sencillamente, ante la pasividad, producto de la comodidad, de los mismos. Y aunque resulte un poco triste reconocerlo, tampoco los profesores, en general, han facilitado en la vida real de los centros –más allá de los cauces formales– el diálogo con los padres, considerados frecuentemente más como «entrometidos» que como colaboradores en la educación de los hijos-alumnos. Profesores que son los «profesionales» de la educación...

El reducto educativo de la distancia más corta, el del diálogo profesores-alumnos –el más importante de este diálogo a bandas en que se mueve la educación– no pasa tampoco por sus mejores momentos: desinterés; aburrimiento; violencia creciente; profesores sin alicientes ni recursos pedagógicos suficientes para afrontar los problemas de comportamiento y de motivación con que se encuentran un día sí y otro también, y en cuyo origen, además de «los padres» y la «sociedad», también está, en muchas ocasiones, la propia escuela.

Ante esta visión global introductoria, ¿nos pueden resultar muy extraños los datos que nos ofrecía hace cuatro semanas un informe de la OCDE (*Panorama de la educación 2005*) según el cual un 31,1% de nuestros jóvenes no comienza el Bachillerato o la Formación Profesional de Grado Medio? Solo Eslovaquia, Turquía y México tienen unos resultados peores.

¿Basta la «tirita» –dos Comisiones para afrontar el problema del abandono escolar que el gobierno se ha apresurado a crear– para tapar semejante brecha? Creemos decididamente que no.

De la urgente necesidad de un DIÁLOGO de los poderes políticos y la sociedad, de los profesores y los padres, de los profesores y los alumnos, es de lo que aquí queremos hablar, a sabiendas de que la esperanza es el mayor enemigo de lo «imposible».

Por un diálogo nacional sobre la educación

Hay un proverbio africano –por esta vez no es chino– que dice que «es necesario todo un pueblo para educar a un niño». Ya sabemos que se está refiriendo, cuantitativamente, a una aldea, pero cualitativamente es válido para Andorra o para China.

La historia de nuestra educación en los pocos años de democracia transcurridos se ha empeñado, ley tras ley, gobierno tras gobierno, en llevar la contraria al proverbio africano. De manera más rotunda a medida que se han ido sucediendo. LOGSE, LOCE y LOE, en su elaboración, parecen leyes contra la línea educativa del gobierno anterior. La LOE, ejemplo más cercano, es paradigma emblemático de esta afirmación. En las primeras páginas de la *Exposición de motivos* que mueve al gobierno a cambiar la ley, justifica su necesidad por la *«falta del necesario consenso social y político de la LOCE»*. El millón de personas reunidas en Madrid el 12 de noviembre de 2005, o el rechazo sistemático de todas las enmiendas presentadas por el partido de la oposición con más respaldo democrático, mientras se admiten las de cualquier partido regionalista (posiblemente con razón), no hablan precisamente de una voluntad de búsqueda del «consenso social y político» de los ahora gobernantes. Y el caso es que nunca se ha hablado tanto de la necesidad de llegar, por fin, a un consenso que deje de convertir la educación en un campo de batalla... Lo triste de esta historia es que en ella los grandes vencidos, en número siempre creciente, son los alumnos, niños, adolescentes y jóvenes de nuestras escuelas (31% de fracaso escolar: puesto número 24, según el «Informe de Pisa» de 2003, entre los 28 países de la OCDE, los más desarrollados del mundo).

Esos datos, que muestran la incapacidad actual de la escuela para llevar a cabo su papel de «ascensor social» y a los que hay que añadir el cuestionamiento de la autoridad de los adultos en los centros escolares, la falta de reconocimiento de la importancia de la misión de los profesores, el «consumismo» escolar por parte de muchos padres, etc., etc., claman por otros modos de plantear el problema de la educación en España. No creemos que la LOE, tal como ha nacido y tal co-

mo ha crecido hasta su aprobación parlamentaria en diciembre del pasado año –de puntillas y con una difusión mediática casi miserable–, solucione en algo lo que no hicieron las leyes, igualmente partidistas, que la precedieron.

Los poderes políticos de uno y otro signo, que se llenan la boca con tanta facilidad sobre la «madurez de la democracia española», deberían comenzar a dar muestras de su fe en ella. Abrir –previamente a la elaboración del Proyecto de ley por el gobierno que sea– un diálogo-debate a toda la sociedad española sobre la educación que quiere para sus niños, adolescentes y jóvenes en los próximos años, sería una buena muestra de la fe de dichos poderes en esa «madurez». La Nación y su escuela necesitan un pacto al que sólo se puede llegar por ese diálogo abierto, transparente, en el que tengan la palabra todos aquellos que lo deseen. Supondría un ejercicio de «democracia directa» –indicador relevante, donde los haya, de la madurez de una democracia– en un terreno que preocupa a toda la sociedad, más allá de sus ideas políticas.

Es cierto que no es fácil plantear en España un diálogo-debate de estas características, dada la asignación de competencias educativas asignadas a cada comunidad autónoma, y que añade a los obstáculos partidistas tradicionales –derechas e izquierdas– el de los «partidismos» regionalistas, con connotaciones fuertemente emocionales. Pero creemos que no podemos dejar de hacerlo si queremos que la educación comience a ser, en la realidad social española, todo lo importante que nuestros políticos afirman en sus discursos. Y esto sólo es posible si los españoles que integramos esa realidad participamos en ese diálogo.

Otros lo han probado antes, y no serán los últimos. El ejemplo de Francia, ahí al lado en el tiempo y en el espacio europeo del que formamos parte, puede ayudarnos a iluminar los pasos de un posible diálogo nacional sobre la educación que queremos para nuestros hijos y nuestros alumnos. La *Ley de Orientación de la educación nacional,* que nuestros vecinos comenzarán a aplicar en su integridad en el próximo curso 2006-2007, es el resultado de un proceso que tuvo, en su punto de arranque, una acción de democracia directa ejemplar.

Todo comenzó con la creación de una *Comisión nacional sobre el porvenir de la Escuela,* a la que se encargó una doble misión: por una parte, la de animar y sintetizar el debate iniciado en el invierno de 2003 y, por otra, la de elaborar un informe que contuviese, a partir de las intervenciones en el debate, las líneas de evolución del sistema educativo en los quince años venideros. Lo ejemplar de la Comisión residía en su composición: antiguos Ministros de Educación en gobiernos de dis-

tinto signo; miembros de los diferentes grupos parlamentarios; personalidades, autorizadas y reconocidas por todos, del mundo del derecho, la ciencia y la cultura; padres de alumnos; alumnos; profesores; directores de centros... Personas elegidas en virtud de la variedad de su experiencia profesional y de su compromiso personal. Para presidirla se eligió a Claude Thelot, consejero del Tribunal de Cuentas francés y con experiencia en el ámbito de la educación como presidente del *Alto Consejo de Evaluación de la Escuela.*

Entre el mes de noviembre de 2003 y finales de enero de 2004 se desencadenó en Francia un aluvión de reuniones públicas en el marco de los distritos departamentales, en los centros escolares, en los ayuntamientos, en los locales de asociaciones de padres... El objetivo perseguido era llegar al mayor número posible de personas; no caer en un debate interno de la escuela y para la escuela, sino implicar en él a alumnos, padres, actores económicos, sociales y culturales, empresarios, asociaciones de todo tipo relacionadas con la escuela, asociaciones juveniles y, en general, a todos aquellos que lo deseasen. Para guiar este diálogo-debate nacional, la Comisión presentó un documento con 22 preguntas referidas a otros tantos temas en torno al porvenir de la educación en Francia. Participaron en estas reuniones públicas más de un millón de personas (46/% de profesores y 37% de padres). A ellos hay que añadir 15.000 internautas que opinaron en la página Web del debate mediante correos electrónicos o participaron en los 22 foros temáticos correspondientes a las cuestiones planteadas. 300 asociaciones y organizaciones pudieron emitir sus puntos de vista en entrevistas con miembros de la Comisión o a través del envío de sus aportaciones. La Comisión logró reunir, así, una masa excepcional de información en volumen y en diversidad, remitida en la primavera de 2004 al actual Ministro de Educación, François Fillon, y publicada en una edición de bolsillo de 575 páginas. Del material resultante del debate surgirá un objetivo prioritario: *mejorar el funcionamiento de la escuela para lograr el éxito escolar de todos los alumnos* (sic). Este será el «leitmotiv» que guiará la reflexión de la Comisión mediante reuniones en grupos de trabajo y en sesiones plenarias. Unos meses después, en octubre de 2005, la Comisión entregará al Ministro su Informe, titulado *Por el éxito de todos los alumnos,* más conocido como «Informe Thelot».

A partir de ahí –y ésta ya es otra historia– comenzó la elaboración del Proyecto de ley a cargo del Ministerio, que desembocó, tras nuevas consultas y siguiendo los trámites usuales, gubernamentales y parlamentarios, en la publicación, en el invierno de 2005, de la Ley que

marcará el rumbo de la educación en Francia durante los próximos años.

¿Es intransferible este modelo de diálogo, u otro similar, a la situación de España y su educación? Difícil..., incluso más que difícil, puede que sí. Pero imposible, creemos que no. Lo contrario sería admitir, cerrar los ojos de manera irresponsable a las decenas de miles de historias truncadas, con nombres y apellidos, que encierra la triste estadística de un 30% (al alza) de abandonos de la escolaridad en España. ¿Puede aceptar esos datos una sociedad democráticamente «madura»?

Pero mientras trabajamos por la llegada a nuestra sociedad de ese gran diálogo, la vida cotidiana de la escuela y sus actores nos ofrece la posibilidad de otros diálogos, tampoco fáciles, en los que es posible buscar el «éxito» de los alumnos –*todos*–, ayudándoles a desarrollar al máximo sus potencialidades intelectuales, personales –*ser*– y sociales –*ser y vivir con los demás.*

En las páginas que siguen nos centraremos en dos de esos diálogos necesarios para intentar lograrlo: el diálogo profesores (escuela) – padres y el diálogo profesores – alumnos.

Por un diálogo comprometido entre familia y escuela

Hasta no hace mucho, familia y escuela tenían muy claros los papeles de cada cual en la educación de sus hijos y sus alumnos: *la escuela instruía,* y *la familia transmitía los valores* humanos, sociales, cristianos..., ayudados por una configuración social y un sistema educativo que retrasaban la llegada del niño o la niña a la escuela.

Los cambios producidos en la familia y en la escuela durante los últimos años han desdibujado las fronteras que delimitaban tan claramente esas responsabilidades ante la educación de sus hijos y de sus alumnos.

He aquí, a vuelapluma, algunos de esos cambios. *En las familias,* nos encontramos con que el descenso de la natalidad ha convertido a los hijos en un «bien escaso», para el que se pide a la escuela un afecto similar al que recibe en su casa. Los padres de los niños actuales tienen una mayor formación que antes, se preocupan más por la vida académica de sus hijos y, por eso, exigen más a la escuela. En muchos casos, el «capital escolar» es la única «herencia» que pueden dejar padres a su hijos, y es la escuela el lugar en que se «amasa». También son ca-

da vez más numerosos los padres que adoptan una postura «consumista» con respecto a la educación como servicio público, pidiéndole cuentas en virtud de los impuestos que paga.

La escuela ha cubierto igualmente su cuota de cambios. A paso ligero: los niños pasan más horas y más años en la escuela que nunca, con la consiguiente reducción de su tiempo de familia. La «universalización» democrática de la educación ha traído al interior de la escuela una heterogeneidad sociocultural que obliga a revisar la división tradicional de tareas entre familia y escuela. Desde el punto de vista de la pedagogía que encontramos en nuestro sistema educativo, la atención individualizada a los alumnos implica el cuidado de su afectividad, de su bienestar en la escuela y otros valores antes exclusivos de la familia. Por otro lado, en los últimos años, la sociedad ha encargado –o «cargado»– a la escuela tareas educativas hasta no hace mucho pertenecientes al recinto familiar: la educación sexual, la educación para la salud, la atención psicológica, etc.

Y así, al difuminarse los límites correspondientes a la familia y a la escuela en la educación de hijos-alumnos, es muy fácil que se inicien los malentendidos, los conflictos «fronterizos», y se comience a hablar de «pasarse de la raya», de «invadir terrenos», de «meterse donde no le llaman», de «intrusión» y otras variantes propias del lenguaje de los habitantes de zonas fronterizas. Las salas de profesores y las cafeterías cercanas a las escuelas saben mucho de estas escaramuzas lingüísticas.

De ahí la necesidad urgente de diálogo entre familia y escuela. No se trata de una cuestión de moda pasajera, sino de una respuesta necesaria a los cambios anteriormente mencionados. A no ser que queramos, desde la irresponsabilidad, entrar en un estado de desencuentro continuo, que no contribuirá precisamente al «éxito» educativo de hijos-alumnos.

Creemos que dos son los grandes pasos que pueden llevarnos a ese diálogo y a intentar –al menos intentar...– que sea eficaz.

a) RECONOCER, POR AMBAS PARTES Y SIN AUTOCOMPASIONES EXCULPATORIAS, LOS PUNTOS DE FRICCIÓN O DESACUERDO MÁS FRECUENTES ENTRE AMBAS y que se desprenden de los cambios anteriores. Podemos concentrarlos en tres que creemos que catalizan el mayor número de «choques»:

- *La unidad y la diversidad.* Son muchos los padres que quieren que su hijo/a sea tratado/a en la escuela como la singularidad

que es y con que se le trata en la familia. El profesor, o la profesora, suele tener entre 20 y 30 «singularidades» en clase. Una parte muy considerable de las quejas, protestas, disconformidades... familiares que llegan a la escuela se hacen pensando únicamente en la hija o el hijo, y concibiendo la escuela como una prolongación de la familia.

Por otro lado, también son muchos los profesores y profesoras que se montan mentalmente un «alumno imaginario» medio –que normalmente coincide con el que es capaz de entenderle, de «seguirle»–, desconociendo la singularidad en capacidades intelectuales, afectivas y morales de los alumnos que tienen ante sí.

- *El consumismo escolar.* En España, es frecuente –en unas zonas más que en otras– que la niña o el niño, a partir del último ciclo de Primaria (a veces, antes), viva, una vez finalizada la jornada escolar, un suplemento horario de clases particulares. Los que «van bien», para ir todavía mejor; y los que «van mal», para salir del pozo. Estas clases particulares son algo que muchos padres, y también algunos profesores, contemplan como algo que forma parte natural del paisaje escolar. Tan normal que da escalofríos, por cuanto indica de poca fe en la escuela oficial –sea pública o concertada– y en la profesionalidad de sus profesores.

  La familia busca seguridades a corto plazo: que su hijo no suspenda, o que saque Notable o Sobresaliente «desde el primer día de clase». La escuela o el profesorado sabe que, en educación, todos los procesos son lentos; que el curso no acaba ese primer día de clase. Pero tampoco aquí está libre la escuela de culpa. La falta de recursos, la ausencia de medidas profesionales de atención personalizada, propicia en muchos casos tal suerte de consumismo. Si, a la vez, aligera la compleja y fatigosa tarea del docente profesional...

- *Instruir y educar.* También aquí son frecuentes las batallitas y las escaramuzas, más fruto de malentendidos que de malas voluntades. En este apartado, el «mea culpa» en do mayor hay que buscarlo en el lado de la escuela y del profesorado. Es bastante frecuente, todavía hoy, encontrarse con profesores y profesoras que opinan que su labor profesional en la escuela se li-

mita a la instrucción, solo a la instrucción y nada más que a la instrucción. Como si el chico o la chica que entran en clase por la mañanita tuviera que dejar su vida privada, su vida familiar, en casa o a la puerta del aula, y convertirse así en no se sabe qué espécimen de humano exclusivamente racional-listo para ser instruido. La «cultura familiar», en el sentido más amplio de la palabra, se viene a clase con ellos. ¿Qué profesional de la educación –salvo que existan razones menos confesables– se atreve a afirmar en serio que hay que dejar fuera de los procesos de enseñanza-aprendizaje el contexto familiar de sus alumnas y alumnos?

También es cierto que el nuevo mapa familiar del que antes hablábamos no favorece demasiado la educación en valores, dejando a veces a la escuela un protagonismo que no le corresponde o no debería corresponderle. Profesores y profesoras complementarán, reforzarán e incluso corregirán hábitos, costumbres, actitudes, valores..., pero nunca podrán suplir a la familia.

b) Ámbitos, tiempos, espacios y actitud de diálogo. Como hemos dicho líneas arriba, detrás de los desacuerdos entre familias y escuela hay más malentendidos cargados de afectividad que malas voluntades. También hemos dicho que es natural que se produzcan, porque padres y profesores vemos realidades distintas en la misma persona. Pero es que, además, ni todas las familias pretenden lo mismo de la escuela con respecto a sus hijos e hijas, ni todas las escuelas y profesores pretenden lo mismo de los padres con respecto a sus alumnos y alumnas. Lo que no pueden hacer unos y otros es quedarse quietos en la contemplación y aceptación de ese estado de la cuestión. Familias y escuela solo comenzarán a darse cuenta de que la colaboración y el diálogo son fructíferos y generadores de confianza cuando, desde una actitud altruista, intenten ponerse en la perspectiva del otro y no abrigar un horizonte de expectativas idealista, excesivo –unos respecto de otros–, que obstaculice, más que favorezca, la cooperación.

- Ahora bien –y entramos de lleno en modos y condiciones que posibilitan el camino de la colaboración–, *corresponde a los profesores dar el primer paso,* llevar la iniciativa en esta compleja y complicada historia de pareja, aunque a muchos de ellos

les moleste o se resistan a que sea así. Los profesionales de la educación son ellos, y no pueden poner a los padres en su mismo nivel en lo tocante a la tarea educativa. Lo de ser padres no es una profesión; más bien, se trata de un «estado» que casi se les viene encima sin darse mucha cuenta. Por otra parte, sus hijos e hijas van pasando de ciclo en ciclo o de curso en curso, cambiando de horarios, de materias, de profesores, de metodologías... que casi siempre les pillan, a la mayoría, con el paso cambiado. No son ellos los profesionales, por muy preparados que estén. *Pretender que actúen también como profesionales de la educación es apuntarse a esas expectativas excesivas que transcienden lo razonable y perjudican, más que benefician, el diálogo.* En este ámbito de relación, *mutatis mutandis,* la atención a la diversidad que se practica con los alumnos es válida también para la aplicación al diálogo con los padres.

- *Otro paso* en esta misma línea: corresponde también a la escuela, al profesorado, estructurar las reuniones y los diversos encuentros de tipo formal que se mantienen con los padres, más desde el diálogo que desde la información. Con frecuencia, en estas reuniones se les anega en informaciones que dejan en muchos de ellos la sensación –justificada– de que se hace para evitar el diálogo o el posible debate.

  También convertir la reunión en una lección magistral es hurtarles la posibilidad de diálogo. Estos encuentros, marcados por la comunicación de «sólo ida», corren el peligro de transmitir la sensación de que no hay un verdadero deseo de dialogar, de consultar, de dejar un margen para la opinión, para la solicitud, para la sugerencia. Es cierto que muchos padres y madres quedarán satisfechos, pero también serán muchos los que se arrepientan de haber perdido el tiempo o los que se agarren «un cabreo soberano» porque se les ha «condenado» al silencio.

  También corresponde a la profesionalidad de profesoras y profesores abrir nuevos espacios y tiempos comunes para la negociación, el diálogo o el encuentro puramente festivo que propicien el contraste de posiciones, el conocimiento mutuo, la distribución sensata y coherente de tareas con respecto a los educandos y educandas (invitaciones a alguna clase, a hablar sobre los «deberes» y su papel, sobre las «clases particulares», a «escuelas de padres», a excursiones... y a todo tipo de actos colegiales).

Que la iniciativa la lleve la escuela no libera a las familias y a sus asociaciones de la responsabilidad que les compete en este diálogo colaborador. En ocasiones, en determinados temas, es a ellos a quienes corresponderá la iniciativa, sin necesidad de que la escuela los convoque. En este diálogo es fundamental, como hemos visto anteriormente, el esfuerzo por adoptar actitudes que trasciendan la visión exclusivista del niño o de la niña como hijo o hija, intentando ponerse en el lugar de la mayoría de «padres silenciosos» y en el lugar del profesor o profesora que tiene una clase de 25 perteneciente a un curso que tiene 100 y a una escuela de 750 alumnos.

Por una educación como diálogo (profesores y alumnos)

El otro gran ámbito –posiblemente, también el más importante– en que el diálogo educativo es apremiante está en las aulas de cada día. Un profesor universitario de latín ilustraba con una anécdota lo poco que ha cambiado la vida del aula a lo largo de la historia. Contaba que si un ciudadano del imperio romano se viera trasladado a nuestros días, se sentiría absolutamente fuera de lugar en todas partes. En la calle podría observar carros sin caballos, o edificios de alturas impensables en su tiempo. Dentro de las casas, se maravillaría ante los electrodomésticos, las cocinas y los muebles. No comprendería muy bien los cines o los centros comerciales. Pero donde se encontraría completamente a gusto, cómodo y seguro, sería en una clase. Allí podría reconocer un funcionamiento similar al de su tiempo: un profesor o profesora que hablan, que utilizan algún apoyo para escribir en la pared, y unos alumnos sentados en sus pupitres y que escuchan, responden cuando les preguntan y hacen sus ejercicios en silencio, sin interacción con sus compañeros y con poca y muy regulada comunicación con su profesor.

Aunque esta descripción tiene mucho de caricatura, no es, ni mucho menos, ajena a la realidad cotidiana, salvando el hecho de que algunas escuelas, algunas asignaturas y algunos profesores tienen unas prácticas docentes distintas. Habría que preguntarse cuál es el modelo del proceso de enseñanza-aprendizaje que subyace a este modo de interacción. Tal vez la imagen más clara de este modelo sea la del alumno como un recipiente vacío, y el profesor como quien tiene dentro de sí la sabiduría con la que hay que «llenar» al niño. Esta metáfora impregna todo el modelo: la disposición física de la clase (docente en la tarima; alumnos en filas, donde no pueden verse las caras), el clima de

la clase y las normas que van a mantener ese clima (normalmente establecidas para conseguir un máximo de tiempo para que el profesor pueda verter mucha «sabiduría», y algo de tiempo para comprobar cómo el niño se va «llenando»).

Y es que, por desgracia, las nuevas pedagogías no se han instalado todavía suficientemente en nuestras aulas. La resistencia a las reformas, la añoranza por los «buenos, viejos tiempos», en los que «sabíamos mucho», incluso la lista de los afluentes del Duero, «que aún hoy puedo recitar de memoria», revela un modelo de escuela en el que lo importante es la transmisión de la cultura como un depósito de conocimientos, valores, significados y costumbres ya definitivamente acabado, que debe ser aceptado y repetido para que los alumnos puedan integrarse correctamente en la sociedad. El aprendizaje de técnicas o destrezas, la adquisición de conocimientos, sobre todo científicos, y la aceptación de los valores que en ese momento se consideran más importantes para un buen funcionamiento de la economía y la sociedad, es lo importante para conseguir con mayor facilidad un puesto de trabajo bien remunerado.

Las modernas ciencias de la educación han propuesto otra metáfora en torno a la cual se puede organizar la escuela y el modelo de enseñanza-aprendizaje: la de la conversación o el diálogo; si bien es cierto que podemos remontarnos hasta Sócrates para encontrar las bases filosóficas de esta aproximación a la enseñanza.

En toda conversación o diálogo hay que partir de la idea de que los que hablan están en situación de igualdad. A primera vista, parece que la relación entre un profesor y sus alumnos es asimétrica, que el profesor «sabe» más que ellos y que, por lo tanto, no va a poder relacionarse con ellos. Esto es cierto si lo que se pretende en la escuela es «llenar el recipiente vacío» de conocimientos que es el niño. ¿Qué ocurriría si, en cambio, consideráramos la educación como el proceso por el que ser humano aprende a vivir «una vida verdaderamente humana»? ¿Qué ocurriría si basáramos la educación, no en la mera transmisión de conocimientos, sino en aprender a vivir una «vida buena»? Este cambio de objetivo en la educación no está sólo pretendido desde corrientes pedagógicas más o menos innovadoras y alejadas de la realidad social.

El Informe Delors, encargado por la UNESCO, ya afirmó que *«eso que proponemos supone trascender la visión puramente instrumental de la educación considerada como la vía necesaria para obtener resultados (dinero, carreras, etc.), y supone cambiar para considerar la*

función que tiene en su globalidad la educación. La realización de la persona, que toda entera debe aprender a ser» (p. 76). Y este aprender a ser no está reñido con una apropiación sistemática por parte de los alumnos de lo que la historia de nuestra sociedad ha considerado valioso para transmitir a las nuevas generaciones: entre otras cosas, conocimientos y técnicas. Para ello hay cuatro pilares en la educación: *1) Aprender a conocer:* se hace hincapié en los métodos que se deben utilizar para conocer –porque no todos los métodos que se utilizan sirven para aprender a conocer– y se asegura que, en el fondo, debe darse el placer de conocer, comprender y descubrir. *2) Aprender a hacer:* aprendemos para hacer cosas, y nos preparamos para hacer una aportación a la sociedad. En lugar de conseguir una cualificación personal (habilidades), cada vez es más necesario adquirir competencias personales, como trabajar en grupo, tomar decisiones, relacionarse, crear sinergias, etc. Se refiere, sobre todo, a la creatividad que aportamos a la sociedad. *3) Aprender a convivir* y a trabajar en proyectos comunes. Ante la situación actual de conflictos potenciales y reales en las sociedades locales y en la global, debemos aprender a descubrir progresivamente al otro. Y para descubrirlo debemos conocernos a nosotros mismos: cuando sepa quién soy yo, podré plantearme la cuestión de la empatía, entenderé que el otro piense diferente de mí y que tiene razones tan justas como las mías para discrepar. El último pilar, *4) Aprender a ser,* es el desarrollo total y máximo posible de cada persona. La educación integral de la que se viene hablando desde finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Como puede verse, esta propuesta tiene más que ver con una visión de la educación en la que hay que considerar no tanto los aspectos de conocimientos cuanto los de significado: ¿cómo puedo llevar una vida humana digna? Y en lo que se refiere a significado, el diálogo es la forma en que mejor los aprehendemos. El alumno deja de ser un objeto, el recipiente, para pasar a ser sujeto de un diálogo, el de la educación.

¿Por qué es una buena metáfora la de la conversación para entender la educación? Aunque, como hemos dicho, es ya casi un lugar común, nos parece sugerente la explicación de H.G. Gadamer, que considera la conversación como un proceso en el que dos personas se comprenden una a otra. En una conversación, el conocimiento no es un objeto fijo que está esperando a ser descubierto. Es, más bien, un aspecto del proceso del diálogo y surge fundamentalmente de la interacción de dos personas que están intentando comprenderse. Cada uno llega a la conversación con sus pre-juicios, sus formas de entender el mundo,

su creencia de cómo son las cosas y el significado que tiene la realidad. Cada uno ve la realidad no sólo desde su punto de vista, sino desde un punto de vista que aporta una riqueza al de los demás, puesto que es único, y nadie más puede mirar las cosas como uno las mira. Así es como entramos en conversación: tratando de descubrir el punto de vista, el horizonte de comprensión, del otro. Tratando de averiguar desde dónde ve el otro la realidad, descubrimos el valor de sus ideas, y ese otro se nos hace inteligible. Al mismo tiempo, ponemos a prueba nuestras ideas, nuestra visión y comprensión del mundo. Lo cual no significa que tengamos necesariamente que llegar a estar de acuerdo, porque el acuerdo no se puede imponer, pero sí nos hemos comprendido, durante el tiempo de nuestra conversación nos hemos encontrado.

El diálogo en educación del que estamos hablando no es, pues, únicamente, un modo de comunicación específica en forma de preguntas y respuestas (de hecho, en los exámenes hay preguntas y respuestas, pero no hay diálogo), sino un modo particular de relacionarse. Martin Buber afirmaba que los verdaderos educadores enseñan mejor cuando no son conscientes de estar enseñando y actúan espontáneamente desde sus propias costumbres, creencias y valores. Sólo entonces se ganan la confianza del alumno y le convencen de que hay una verdad humana, de que la existencia tiene un significado, y el alumno acepta al educador como una persona que forma parte de su vida y que, antes de querer influenciarlo, le acepta a él mismo. La sorpresa es que así el alumno aprende a preguntar y a entrar en conversación, porque le interesa la otra persona y su horizonte de comprensión vital.

Pero proponer la conversación como metáfora central en torno a la cual organizar el quehacer educativo no supone sólo una forma más o menos elaborada de explicar la enseñanza. Es una visión con implicaciones enormemente prácticas. Hay metodologías educativas que van muy de acuerdo con esta comprensión, y desde ahí tendremos que juzgar las que empleamos. ¿Utilizamos metodologías activas que favorecen la reflexión, el autoconocimiento, el trabajo en equipo centrado en proyectos comunes, interdisciplinares, que tratan de involucrar a los alumnos en la comprensión de la realidad y su significado, de lo desconocido y, en definitiva, del otro? ¿Creemos que hemos tenido éxito en el proceso educativo, en la transmisión de la propia cultura, cuando se repite un depósito de conocimientos previamente establecidos? ¿Repetimos los «clásicos» o ayudamos a que nuestros alumnos entren en diálogo con ellos, favoreciendo la reflexión y la comunicación de las reacciones de los alumnos ante ellos? ¿Favorece la disposición física de los

alumnos en clase el diálogo, el encuentro como personas, no sólo con el profesor, sino con los otros compañeros? ¿Se premia en nuestras escuelas la aproximación crítica y creativa a la sociedad, su cultura y sus problemas? De cómo entendamos la educación dependerá nuestra respuesta a estas preguntas y a otras igualmente necesarias para la vida cotidiana en las aulas; y de ellas dependerá, en definitiva, la calidad de nuestro sistema educativo, porque a través de esas respuestas nos decimos a nosotros mismos qué es tener éxito en educación.

* * *

Es cierto que lo de «Por un diálogo...» suena a «Manifiesto revolucionario»... Lo triste no es que lo sea, sino que pueda parecerlo, cuando, como decíamos al principio, el discurso político se pavonea con la «madurez democrática» del país o con los Consejos Escolares o los Consejos de Curso (espacios de diálogo de los actores educativos) que se mantienen en todas las leyes educativas desde la LOGSE. Pero la realidad, la implacable, terca y dura realidad, no apunta al más mínimo indicio de consulta nacional (¿qué nación?) sobre la educación que queremos, y nos dice que el Consejo Escolar es un desconocido para el 40% de las familias españolas, y que del 60% restante sólo vota en las elecciones un 30% en E. Primaria, un 20% en E. Infantil y Especial, y un 5% en Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional; y nos grita que los alumnos se aburren en clase, que la violencia va creciendo en el interior de las escuelas y que –vamos a repetirlo una vez más– un 30% de nuestra población escolar abandona la escuela sin título alguno.

Es el momento de hablar, de orillar partidismos y banderías ideológicas, para preocuparnos por los que no saben nada de izquierdas y derechas, de iglesia y de Estado, de España y autonomías, sino que son personas de 3 a 16 años que necesitan toda nuestra atención (del Estado, de padres y de profesores) para lograr el «éxito» escolar, el desarrollo máximo de su potencialidades como seres humanos, como personas.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN
Tú eres una bendición
120 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,00 €

«¡Tú eres una bendición!» Difícilmente puede decirse a nadie palabras de aprecio y estima más hermosas. Anselm Grün es una bendición de ese tipo. Pero ¿qué es, en realidad, una bendición? ¿Y en qué cree Anselm Grün cuando nos animar a ser nosotros mismos una bendición y a bendecir a otras personas?: «También tú eres una bendición para otras personas: hasta tal punto confía Dios en ti. Para ser una bendición para otras personas, no tienes que hacer nada especial. Basta con que seas por completo tú mismo. Tal y como eres, con tu singularidad, eres una bendición para otras personas».

ST 94 (2006) 245-254

LOS LIBROS

*Iglesia y medios de comunicación**

Francesco OCCHETTA, SJ**

VIDAL FERNÁNDEZ, Fernando – GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, *Medios de comunicación y religión en España. Una investigación sobre el estado de la comunicación mediática Iglesia-sociedad,* Fundación Santa María, Madrid 2005, 288 pp.

La Fundación Santa María, de los religiosos marianistas, ha publicado, a principios de noviembre del año pasado, los resultados de una investigación sobre las relaciones entre Iglesia y medios en España.

A partir de los resultados que están dividiendo a la opinión pública española, recorreremos el hilo conductor que los atraviesa y trataremos de poner de relieve sus características principales, sin omitir el volver a recordar las razones que justifican la presencia de la Iglesia en los *media:* anunciar a Cristo y su Evangelio, garantizar la centralidad de la persona humana, defender la vida, conservar la paz y asegurar un «perfil alto» a la democracia.

---

* Original italiano: *Chiesa e mezzi di comunicaziones in Spagna.* Traducción de Rafael Iglesias, SM. Publicado, en su versión original, en *La Civiltà Cattolica* (2006, I, quaderno 3733, pp. 54-62). Agradecemos cordialmente al director de dicha publicación, GianPaolo Salvini, SJ, al autor del artículo y al traductor del mismo las facilidades ofrecidas para publicar estas páginas en *Sal Terrae,* que por su interés reproduce íntegramente.

** Abogado y periodista. Estudia Teología Moral en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). <occhetta.f@jesuits.net>.

Los resultados de la investigación

Para los medios de comunicación españoles, la Iglesia parece casi no existir. Más aún, no sólo la voz de la Iglesia no se cita, sino que es intencionadamente ignorada.

Mientras que en los años sesenta y setenta la enseñanza de la Iglesia era considerada en las principales cabeceras españolas como «buena noticia», en nuestros días asistimos a un «desierto informativo» sobre temas religiosos, interrumpido únicamente por algún viaje del Papa o por aquello que en la jerga periodística se presenta como «noticia escándalo»: por ejemplo, la condena de algún teólogo, el problema de la pedofilia, la cuestión de la financiación de la enseñanza privada, etc.

La Iglesia entonces, considerada como sujeto público, no tiene asegurada una «cuota informativa». Casi ningún medio de comunicación en España cuenta con una sección de información religiosa, no sólo cristiana; y en los casos raros en que existe, está integrada en la sección «sociedad».

Ante este escenario, el informe se pregunta si existe una conspiración silenciosa de los *media* en contra de la Iglesia, o bien si la Iglesia misma, por su parte, es reacia a comunicar o si, en todo caso, podría hacerlo mejor.

De hecho, la indiferencia y el silencio de los medios de comunicación constituyen hoy un obstáculo a la acción evangelizadora de la Iglesia en España.

Según Fernando Vidal Fernández, director del informe, la Iglesia, para «discernir el tiempo presente», debe «discernir a tiempo». Ella está llamada a encontrar modos de comunicar «eficaces y oportunos» que resulten comprensibles a los destinatarios.

Este motivo ha impulsado a los editores de la investigación a afrontar algunas preguntas de fondo: ¿cómo anunciar el Evangelio en una sociedad como la española, cuyos miembros ven la televisión cuatro horas al día y dedican sólo 15 minutos a la lectura? Y dentro de las Iglesias locales, donde cada domingo se reúnen entre ocho y nueve millones de españoles, ¿qué tipo de comunicación y de imagen está ofreciendo la Iglesia a través del cuidado de la liturgia y la preparación de las homilías? A los jóvenes de hoy, habituados a comunicarse a través de SMS o de breves *mails,* ¿qué imagen de Iglesia se les ofrece en los *media*? ¿Y qué tipo de anuncio hace para ellos la Iglesia a través de los *media*?

La conclusión del informe no deja espacio a equívocos: «la falta de profesionalidad en la Iglesia y la falta de receptividad en los *media* son las dos principales razones de la difícil relación entre Iglesia y sociedad en España».

La Iglesia vista por los periodistas españoles

El informe dedica una sección a valorar cómo comprenden los *media* a la Iglesia. Casi todos los entrevistados sostienen que, desde el punto de vista periodístico, ésta no ocupa el espacio que merecería.

La información sobre la Iglesia está condicionada por intereses personales, editoriales y corporativos que permanecen ocultos. El itinerario personal de fe y la experiencia biográfica de cada periodista tienen mucho que ver con la noticia religiosa que se transmite.

Sin embargo, en líneas generales, el informe subraya que los profesionales de la información que tratan temas religiosos deberían profundizar su cultura religiosa y comprender mejor la peculiaridad de la Iglesia como institución.

Además, la presencia de sacerdotes y religiosos en los medios de comunicación está muy limitada en la televisión y en la radio, mientras que es más incisiva en la prensa y en Internet.

En general, el informe considera que el modo en que se presenta la Iglesia es «demasiado esquemático y plano». Normalmente, los periodistas no conocen o explican mal la realidad eclesial «considerada en toda su pluralidad y complejidad». La relevancia mediática de los «hechos de Iglesia» nace únicamente de la necesidad de «crear noticias» de los periodistas.

El informe no oculta que la información sobre la Iglesia sólo interesa cuando ofrece «noticias sensacionalistas o una imagen folclórica de la fiestas religiosas tradicionales»: la anécdota prevalece sobre la novedad y sus contenidos. Aquello que puede ser considerado espectacular, en particular todo tipo de polémica con respecto a la Iglesia y dentro de ella, conserva «un inestimable valor comercial mediático». Por estas razones, el informe afirma que a la Iglesia se le niega «aquella justicia periodística» que le correspondería.

Hay además otro obstáculo. Para los *media* españoles, los hechos que tienen que ver con la Iglesia nunca son «neutros». La excesiva politización de la sociedad impone catalogar los hechos, las declaraciones oficiales, las decisiones concretas en la vida eclesial según esque-

mas de «izquierda» o de «derecha». Ante esta realidad, los editores del informe explicitan su advertencia: «No podemos exigir que los periodistas sean objetivos, porque la sociología moderna del conocimiento afirma que la realidad es percibida siempre subjetivamente; pero es necesario exigir que los periodistas sean honestos, que no deformen la realidad, separando los acontecimientos de su contexto».

La responsabilidad de comunicación de la Iglesia española

Según el Informe, una parte de las dificultades existentes en la comunicación entre Iglesia y sociedad española se debe también a la comunidad eclesial.

La actividad periodística de la Iglesia podría mejorarse. Por un lado, el informe define la comunicación de la Iglesia como «obsoleta», en cuanto que carece frecuentemente de profesionalidad. Por otro, se subraya la importancia de hacer propios, y de manera crítica, los códigos del ámbito mediático.

Del informe emerge la necesidad de una comunicación más simple y directa, más legible y comprensible, más sintética e icónica, más gestual y basada en los hechos. Todas ellas son reglas de la comunicación actual que determinan la atención de quien disfruta de la información.

En cambio, la Iglesia es alabada por la claridad de las noticias de agencia y la amplia ramificación de la difusión. A este respecto, el informe busca hacer explícita una pregunta: el periodista que informa sobre la Iglesia, ¿debe necesariamente formar parte de la comunidad eclesial? De la mayoría de las respuestas resulta que la Iglesia debería cuidar más la profesionalidad de sus periodistas, sin buscar una adhesión confesional, mientras que los periodistas católicos deberían cuidar mejor las relaciones personales y de confianza con los periodistas de otros medios, así como entre redactores y editores.

El estudio reconoce un malestar público que hace hostil la relación que algunos medios de comunicación españoles tienen con la Iglesia y que ha hecho defensivo y sospechoso el comportamiento de las instituciones de la Iglesia con estos medios. Sin embargo, se subraya cómo este conflicto «es local, se refiere a las relaciones con pocos grupos de *media,* mientras que, en general, las relaciones no están dominadas por el conflicto. La naturaleza del conflicto más crítico no es radical, está en gran parte contextualizado y puede ser resuelto con una buena estrategia a medio plazo».

Los entrevistados perciben que, frente a una sociedad hostil, la Iglesia española se protege «enrocándose». Una minoría de los entrevistados piensan que la Iglesia mantiene «una estrategia comunicativa proteccionista» y que «oculta las informaciones». Sin embargo, la mayoría sostiene que la Iglesia debería ser más «creativa» en su intervención pública.

Este equilibrio es difícil de alcanzar. Frecuentemente, los ritmos de la comunicación obstaculizan los tiempos de discernimiento sobre temas actuales y complejos como, por ejemplo, el referente a la inmigración. Recientemente, durante la crisis de Ceuta y Melilla[1], la Iglesia ha ofrecido un testimonio inequívoco: ha dado voz a las personas implicadas directamente, mientras algunas órdenes religiosas han trabajado en aquellos lugares, y algunos obispos se han pronunciado sobre el tema. Pero, a pesar de todos esos esfuerzos, los editores del informe se preguntan por qué la denuncia de la Iglesia no ha tenido visibilidad. Quizás, en el nivel de comunicación, la Iglesia debería tratar de dar a conocer mejor sus propias posiciones.

1. Las ciudades de Ceuta y Melilla se encuentran en la costa septentrional de Marruecos y han pertenecido a España durante siglos, aunque antes estuvieron sometidas a muchas dominaciones (cartaginesa, romana, visigoda y árabe). Ceuta fue conquistada por Portugal en 1415, y luego cedida a España en 1668. Melilla, a unos 300 kilómetros al este de Ceuta, fue conquistada por España en 1497. Ambas ciudades son bases militares, debido a su posición estratégica en el Mediterráneo. Desde 1995, los territorios gozan de cierta autonomía, con poderes diferentes de los otorgados a las otras 17 autonomías que componen España. Pero el Gobierno marroquí reivindica la anexión. A finales de septiembre del pasado año, cerca de 500 clandestinos trataron de pasar la frontera a Ceuta para entrar en el territorio español, pero cuatro de ellos murieron, y 45 quedaron heridos. El balance es consecuencia del gentío que se creó en el intento de traspasar las fortificaciones, las barreras y los alambres de espino que separan ambos países. La misma situación se ha creado en Melilla, última frontera meridional entre Europa y África. Hay aún misterio sobre las responsabilidades de los disparos que causaron víctimas en el lado marroquí: según los investigadores de Madrid, «los inmigrantes subsaharianos que murieron no fueron alcanzados por proyectiles disparados por los guardias españoles. Analizando los agujeros de los cuerpos y el trayecto de los disparos, se ha concluido que los disparos pudieron provenir solamente del territorio marroquí». Tesis igual y contraria para los investigadores marroquíes, que presenta el testimonio de algunos compañeros de las víctimas, arrestados posteriormente: «Murieron porque fueron alcanzados por disparos procedentes de la parte española».

Una nueva forma de narrar

Así define el informe el conjunto de opiniones relativas a las actitudes y a la forma narrativa de comunicación: «metodología de comunicación de la Iglesia». Los principales problemas de la comunicación Iglesia-*media*-sociedad son de naturaleza «actitudinal, apostólica y pública». La causa principal de los problemas inherentes a la comunicación reside en el modo de entrar en diálogo con la cultura laicista española. Con otras palabras, se trata del modo de comprender, de comprenderse y de ser comprendida la Iglesia en el mundo.

No faltan, sobre todo, experiencias de Iglesias locales y diocesanas que han conseguido una comunicación mediática satisfactoria. Pero se trata de excepciones, según el informe.

Este último, en cambio, considera excelente y ejemplar «el modelo de comunicación del Vaticano, ligado a la figura de Juan Pablo II». Es más, durante la rueda de prensa de presentación del Informe, se ha elogiado de modo explícito a Joaquín Navarro-Valls, portavoz vaticano, por su indiscutible capacidad profesional, apreciada incluso por los periodistas menos cercanos a la Iglesia.

Sin embargo, los entrevistados no perciben de parte de la Iglesia española una estrategia sólida de comunicación que tome en consideración el modelo del Vaticano. Se piensa incluso que las distintas fuentes de comunicación no tienen coherencia entre sí y que la estrategia debería incluir un análisis específico de la *audience.*

Los periodistas profesionales españoles entrevistados piensan que la Iglesia percibe como «negativa y hostil a la sociedad actual». Algunos critican también el tono empleado, que «parece prepotente o mantiene latente un tono de reproche». Todos coinciden en afirmar que la Iglesia española tiene «miedo a los medios».

El informe incluye también una valoración *ad intra* de la Iglesia. Muchos de los entrevistados, especialmente aquellos que trabajan en oficinas eclesiales o en los medios de comunicación eclesial, han manifestado su temor ante el riesgo de que sus respuestas pudieran ser identificadas o penalizadas por medio de represalias. Este aspecto, que toca el delicado tema de la libertad de opinión dentro de la Iglesia, se liga al de la representatividad de la totalidad del pueblo de Dios en el hacerse cargo de la comunicación. Algunos entrevistados han declarado que la presencia de la Iglesia en los *media* es, sobre todo, «jerárquica»; la voz de los laicos no está suficientemente representada. A este respecto, citamos una parte de la entrevista a un periodista católico:

«Los medios de comunicación dan una imagen muy clerical de la Iglesia; se confunde el aspecto eclesial con el clerical; se ignoran, salvo respetables excepciones, muchos ámbitos de la vida eclesial, la vitalidad de esta dimensión; hay laicos que trabajan en temas interesantes y actuales, pero éstos no llegan a ser noticia». Por otra parte, algunos periodistas han subrayado que a veces la comunicación de la Iglesia «parece excesivamente propagandística». Ante este inconveniente, según el informe, sería suficiente una Iglesia que se mostrara más accesible y dialogante, dispuesta ante todo a «escuchar antes que a hablar». A este respecto, durante la rueda de prensa, los periodistas han preguntado por qué no aparece la voz oficial de la Conferencia Episcopal española.

Contenidos y formas

La reflexión sobre la metodología incluye otros dos temas fundamentales para la comunicación: los contenidos y las formas. Las formas utilizadas resultan «poco atractivas», y se percibe una «monotematización de la comunicación en la Iglesia». En cambio, los entrevistados han elogiado los contenidos comunicados por la Iglesia, que son «abundantes, buenos, potencialmente atractivos y relevantes».

La principal tesis del informe considera, por tanto, que el problema de la comunicación entre Iglesia, *media* y sociedad está en lo inadecuado de las formas. Al no aplicar «formas suficientemente inculturadas en la esfera mediática», la Iglesia sufre las leyes básicas de la comunicación.

Una tesis minoritaria pone el énfasis en «el derecho que tiene la Iglesia a actuar mediáticamente con sus propios códigos, y que gran parte de sus intervenciones, fruto de su tradición diplomática y prudencial, constituye una estrategia comunicativa muy elaborada y envidiada por otras instituciones».

La mayoría de los entrevistados ve, sin embargo, la necesidad de que «la cultura narrativa de la comunicación de la Iglesia se renueve, porque en su actual estado no es mediáticamente eficaz».

El tiempo que vivimos exige, según el informe, «la tarea existencial de la narración, presente en la tradición bíblica en forma oral, escrita y en el lenguaje de los hechos». El don de lenguas, que caracterizó a la primera Iglesia y que ha permitido a tantos misioneros encontrar y expresarse en culturas diversas, es para la Iglesia española

hoy el don de saber contar, de narrar la novedad de manera que pueda ofrecer un significado fuerte al hombre contemporáneo. Y esto, «como ha enseñado Juan Pablo II, se juega en gran parte a través de los medios de comunicación». La sabiduría de nuestra época depende de la capacidad de vehicular el don de la Palabra a través de tantas palabras de los *media.*

La noción de narratividad está en relación con la principal forma de comunicación de los contenidos cristianos. A veces ésta es tan académica que no llega a la gente. Por tanto, la comunicación de la Iglesia debería apuntar en mayor medida hacia una comunicación narrativa, histórica y experiencial.

La propiedad de los medios

El Informe no contiene muchas opiniones sobre la conveniencia de que la Iglesia tenga sus propios medios de comunicación. Sin embargo, incluso entre los entrevistados más críticos se reconoce que no es sólo legítimo, sino necesario, que la Iglesia posea medios propios.

El debate sobre este punto es mucho más complejo dentro de la Iglesia española. El día después de la presentación del informe, *El País,* principal periódico español no deportivo, publicaba un artículo de fondo del dominico Quintín García González con el título «¿Ne-cesita Dios una radio?». El informe reabría un viejo debate, que continúa dividiendo a los católicos españoles, centrado en el modo de gestión y de posición de la Cadena COPE, la radio de la que la Conferencia Episcopal española es principal accionista, tercera en los índices de audiencia en España. En forma polémica, el dominico decía: «si la COPE es la voz pública de la Iglesia; si es la radio de los curas, como dice la gente; si es la radio de los obispos, entonces las opiniones económicas, políticas, históricas, culturales, deportivas o con respecto al clima, expresan la opinión de los creyentes católicos, de los sacerdotes católicos y de los obispos católicos sobre esta materia». Y añadía: «Hay otra forma de radio no comercial que podría mejorar el objetivo del servicio [...]. La fórmula de radio COPE es un arma de presión social y política heredada de la época de los privilegios, [...] crea confusión y situaciones de enfrentamientos externos e internos a la Iglesia».

Recientemente, también algunos obispos de Cataluña han pedido públicamente a la cadena COPE que modere el tono del debate sobre la aprobación del Estatuto catalán.

Los expertos de comunicación española están divididos sobre el tema. Aquellos que son favorables han declarado que «todos los medios de comunicación se legitiman y se justifican en la medida en que satisfacen alguna carencia y algunas peticiones de naturaleza informativa del propio público».

La opinión pública española se está preguntando: ¿medios de comunicación cristianos o cristianos en los medios de comunicación? Nadie duda de que los cristianos deban estar presentes, como cualquier otro ciudadano, en todos los tipos de medios de comunicación. Pero lo que emerge del informe es que a los cristianos les convendría promover, no medios de «comunicación cristiana» de propiedad de la Iglesia, sino medios de «inspiración cristiana». El documento de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, *Los católicos en la vida pública* (22 de abril de 1986), sugiere precisamente esta elección. En él se recuerda la tarea de los cristianos de juzgar éticamente los temas políticos, precisamente por la libertad de la política de escoger las estrategias concretas para la aplicación de aquellos mismos principios éticos. Ya Pablo VI en la *Octogessima Adveniens* afirmaba que «la misma fe puede llevar a elecciones diversas» (n. 50).

Luis González-Carvajal, profesor de moral social en la Universidad Pontificia Comillas, considera que es pastoralmente oportuno que grupos de creyentes promuevan medios de inspiración cristiana. Menos claro es –según José María Javierre, un sacerdote con mucha experiencia en el mundo de la comunicación– si conviene ser propietarios de radios y televisiones, «porque no hay forma de mantenerlos sin abundante publicidad, y no hay publicidad sin elevados índices de audiencia, y no hay elevados índices de audiencia sin concesiones al gusto popular difícilmente conciliables con la concepción cristiana de la vida».

Nos parece que el equilibrio de estas posiciones está bien resumido en el documento de la Conferencia Episcopal Española de 1986: «Los proyectos y los programas que ponen como base de su actuación la concepción cristiana de la vida deberán afirmar su integridad, evitando parcializaciones o alteraciones que la deformen».

Conclusiones

El nivel y la calidad de la comunicación Iglesia-sociedad a través de los *mass media* se presenta en España como «insatisfactorio». Por una parte, emerge la conciencia de que la Iglesia podría mejorar la calidad de la forma de comunicar; por otra, los medios de comunicación deberían asumir una posición más neutral. En todo caso, este desfase, según el informe, puede ser rápidamente suplido partiendo de los principales puntos débiles: el talante de pasividad y de desinterés de los *media,* la escasa profesionalidad de los periodistas católicos y la insuficiente participación de los laicos.

Ésta sería una primera conclusión: una información inculturada es una información práctica, política, preocupada por promover el bien de todos, no los intereses de una parte. A la luz de este criterio, el informe reconoce que hay dos vías posibles por recorrer. Una sería un modo correcto y defensivo de comunicar.

Otro modo de hacer información puede, en cambio, recurrir más a la hermenéutica: postura que quiere ir detrás del dato para desenmascararlo, para descubrir la verdad en su génesis, para no quedarse en las apariencias y ser capaces de leer más allá de la forma, puesto que la verdad sucede siempre en un contexto. Se trata de volver a empezar desde un modelo de información cuyo punto de partida sea el significado de aquello que se dice y de aquello que se hace. Y no para sustituir aquello que la Iglesia está llamada a decir y hacer, sino para hacerlo más significativo, comprensible para la gente y esperanzador.

Este modo de proceder podría ser la senda más adecuada para contrastar el riesgo que está presente en casi todas las entrevistas: el de radicalizar el viejo conflicto clerical-laicista, alimentado, por una parte, por intereses de grupos de poder contra la Iglesia y, por otra, por un debate político que, en lugar de favorecer la reconciliación de heridas históricas todavía abiertas, está exasperando las contradicciones en todos los ámbitos sociales en España.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

BILL HUEBSCH

La catequesis de toda la comunidad.

Hacia una catequesis por todos, con todos y para todos

152 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Son muchos los agentes de pastoral que andan buscando un nuevo marco, un nuevo modelo para la catequesis que implique a toda la comunidad: la parroquia, la familia, las comunidades de base y los fieles en general. Todos hemos de estar dispuestos a dar razón de nuestra fe y disponibles para el encuentro. *La catequesis de toda la comunidad* ofrece sugerencias concretas para un proceso práctico de varias etapas, en el que se unen liturgia y catequesis y se pone a Jesucristo y a las familias en el centro de la actividad catequética.